

I. Usos de las aceras: seguridad

Las calles de las ciudades sirven para muchas cosas aparte de soportar el paso de vehículos; y las aceras de las ciudades —parte de las calles destinada a los peatones— tienen muchos otros usos además de soportar el caminar de los peatones. Estos usos están en estrecha relación con la circulación, pero no se identifican con ésta, y en rigor son por lo menos tan importantes como la circulación para el buen funcionamiento de las ciudades.

En sí misma, una acera urbana no es nada. Es una abstracción. Sólo tiene significado en relación con los edificios y otros servicios anejos a ella o anejos a otras aceras próximas. Lo mismo podríamos decir de las calles, en el sentido de que sirven para algo más que para soportar el tráfico rodado. Las calles y sus aceras son los principales lugares públicos de una ciudad, sus órganos más vitales. ¿Qué es lo primero que nos viene a la mente al pensar en una ciudad? Sus calles. Cuando las calles de una ciudad ofrecen interés, la ciudad entera ofrece interés; cuando presentan un aspecto triste, toda la ciudad parece triste.

Y más todavía —y con esto topamos con el primer problema—, si las calles de una ciudad están a salvo de la barbarie y el temor, la ciudad está más o menos tolerablemente a salvo de la barbarie y el temor. Cuando la gente dice que una ciudad o que una parte de la misma es peligrosa o una jungla, quiere decir principalmente que no se siente segura en sus aceras.

Pero las aceras y quienes las usan no son beneficiarios pasivos de seguridad o víctimas sin esperanza de un peligro. Las aceras (la utilidad que prestan) y sus usuarios son participantes activos en el drama de la civilización contra la barbarie que se desarrolla en las ciudades. Mantener la seguridad de la ciudad es tarea principal de las calles y aceras de una ciudad.

Es una tarea totalmente diferente a los servicios que están llamadas a prestar las aceras y calles de las ciudades pequeñas o de los suburbios residenciales. Las grandes capitales no son sólo ciudades muy grandes; tampoco son arrabales muy densos. Se diferencian de las ciudades y de los arrabales en aspectos esenciales, uno de los cuales es que las ciudades están, por definición, llenas de personas extrañas. Todo el mundo sabe que en las grandes capitales hay más personas extrañas que en los suburbios. Y extraños no son solamente quienes van a los mismos lugares públicos, sino más aún los que viven en las otras viviendas del mismo piso, incluso las personas que viven muy próximas.

entre sí se desconocen, y así tiene que ser en razón de la gran cantidad de gente que vive dentro de reducidos límites geográficos.

La condición indispensable para que podamos hablar de un distrito urbano como es debido es que cualquier persona pueda sentirse personalmente segura en la calle en medio de todos esos desconocidos. Es absolutamente necesario que no tenga inmediatamente la impresión de que está amenazada por ellos. Un distrito urbano que fracase en este punto irá mal en todos los demás y será una fuente inagotable de dificultades para sí mismo y para toda la ciudad.

Hoy, la barbarie se ha apoderado de muchas calles, o al menos así lo supone y teme el ciudadano corriente, que en definitiva viene a ser lo mismo. «Vivo en una área residencial tranquila y muy bonita», dice un amigo mío que anda buscando afanosamente otro sitio donde vivir. «Lo único molesto por la noche es algún que otro grito ocasional de alguien a quien están sobando.» En las calles de una capital no suelen tener lugar incidentes violentos que provoquen el miedo de los ciudadanos en general. Pero en caso contrario, éstos prefieren no utilizarlas en lo posible, lo cual las hace aún más inseguras.

También es verdad que existen personas con muchos pájaros en la cabeza, y que este tipo de individuos no se sienten seguros nunca, sean cuales fueren las circunstancias objetivas. Pero se trata en este caso de un temor diferente del que sienten esas otras personas normales, prudentes, joviales y hasta tolerantes, quienes demuestran su sentido común negándose precisamente a aventurarse en cuanto oscurece por calles en las que corren el riesgo de ser asaltadas sin que nadie se entere y de que los auxilios eventuales lleguen demasiado tarde; y si es de día, estas mismas personas sólo se aventuran por unos lugares muy determinados y no por otros.

La barbarie y la inseguridad real —no imaginaria— que motivan semejantes temores no es una lacra exclusiva de los barrios bajos. En realidad, el problema es mucho más grave en ciertas «áreas tranquilas y residenciales», de aspecto amable y atrayente, como aquella que vivía mi amigo.

Tampoco es un problema que afecte solamente a las partes antiguas de las capitales. La cuestión alcanza sus más grotescas dimensiones en ciertas zonas «reconstruidas», principalmente en grupos de viviendas de renta media. El capitán de policía de un distrito admirado en toda la nación por su atrayente disposición urbanística (admiración que comparten urbanizadores y banqueros) ha advertido recientemente a los vecinos que tengan mucho cuidado con las llamadas a la puerta por la noche, insistiendo en que no deben abrirla si no conocen a la persona que llama. El problema de la inseguridad en las aceras o los descansillos de las casas es igualmente grave, tanto en las capitales que

han hecho grandes esfuerzos de reordenación y reconstrucción como en las que no lo han hecho. La responsabilidad por esta inseguridad urbana no hay que achacarla ni mucho menos a ciertos grupos minoritarios, los pobres o los desarraigados. Hay infinitas variaciones en el grado de civilización y seguridad que presentan estos grupos y las zonas en que viven. Algunas de las aceras más seguras de la Ciudad de Nueva York, por ejemplo, tanto de día como de noche, son precisamente las de los barrios en donde viven esas minorías y personas. Por el contrario, algunas de las más peligrosas son las de ciertas calles ocupadas por los mismos tipos de individuos. Y esto mismo puede decirse de muchas otras ciudades y capitales.

En las motivaciones de la delincuencia y el crimen —tanto en las barriadas periféricas y en las ciudades provincianas como en las grandes capitales— hay sin duda un substracto de profundas y complicadas presiones sociales. En este libro no entraremos a especular sobre estas profundas razones. Es suficiente que digamos, a este respecto, que si queremos conservar una sociedad urbana cualquiera capaz de diagnosticar sus males y de evitarse problemas sociales graves, lo primero que ha de hacerse, en todos los casos, es fortalecer todo tipo de fuerzas capaces de mantener la seguridad y la civilización a niveles aceptables. Construir barrios, ciudades satélite o grupos que son como un traje a la medida para el surgimiento de la criminalidad es algo totalmente estúpido. Y esto es precisamente lo que estamos haciendo.

Lo primero que se ha de comprender, y bien, es que la paz pública —la paz en las calles y en las aceras— de las ciudades no tiene por qué ser garantizada de manera esencial por la policía, por muy necesaria que ésta sea en otros aspectos. Esa paz ha de garantizarla principalmente una densa y casi inconsciente red de controles y reflejos de voluntariedad y buena disposición inscrita en el ánimo de las personas y alimentada constantemente por ellas mismas. En algunas áreas urbanas —bloques viejos de viviendas y calles con un movimiento de población muy intenso— el mantenimiento de la ley y el orden en las aceras corre enteramente por cuenta de la policía y guardias especiales. Estos lugares son auténticas junglas. Ningún contingente de policía puede llevar una pizca de civilización allí donde se ha quebrado la estructura de base que hace posible en sus formas más elementales y normales.

Lo segundo que ha de comprenderse es que el problema de la inseguridad no puede en absoluto resolverse dispersando o desparramando las poblaciones, es decir, troncando las características de una capital por las de las barriadas suburbanas de tipo residencial. Si esta medida fuera verdaderamente una solución, entonces Los Angeles sería una capital segura, porque Los Angeles es casi por entero un enorme distrito suburbial residencial.

No tiene virtualmente ninguna zona de suficiente compacidad como para calificarla de área urbana típica. Y, sin embargo, Los Angeles no puede —como tampoco puede ninguna otra gran capital— esconder la verdad, es decir, que es una ciudad compuesta de personas que se desconocen entre sí, y no todas ellas son precisamente buenas. Las cifras de criminalidad en Los Angeles son imponentes. De las diecisiete áreas metropolitanas standard con una población superior al millón de personas, Los Angeles es la eminencia suprema en criminalidad, hasta el punto que puede fácilmente constituir por sí misma toda una categoría. Y no se olvide que esta criminalidad hace referencia principalmente a agresiones de tipo personal, esto es, los crímenes que más hacen temer a los ciudadanos el circular por las calles.

Los Angeles, por ejemplo, tiene un índice de raptos y violaciones del 31,9 por cada 100.000 habitantes (cifras de 1958), o sea el doble de las dos ciudades siguientes en la lista. St. Louis y Filadelfia; tres veces más alto que la ciudad de Chicago, con su 10,1 por 100.000, y más de cuatro veces el de Nueva York (el 7,4).

En agresiones graves Los Angeles presenta el índice de 185 por cada 100.000 habitantes, Baltimore el 149,5, St. Louis el 139,2, Nueva York el 90,9 y Chicago el 79.

El índice global de criminalidad grave es en Los Angeles el 2507,6 por 100.000 habitantes, a mucha distancia de St. Louis y Houston, con 1.634,5 y 1.541,1 respectivamente; y no digamos de Nueva York y Chicago, con índices del orden de 1.145,3 y 943,5 respectivamente.

Evidentemente, las razones de esta altísima criminalidad son complejas y, en buena parte, muy oscuras todavía. Mas, de una cosa podemos estar seguros: desconcentrar o dispersar las aglomeraciones humanas, desparramarlas sobre una gran extensión no produce necesariamente una mayor seguridad y un menor temor al crimen. Esta misma conclusión es válida también para muchas otras ciudades, donde hay infinidad de barriadas periféricas, pseudo-zonas residenciales, arrabales antiquísimos especialmente aptos todos para la violación, el atraco, la agresión personal, el rapto y otros crímenes por el estilo.

Topamos aquí con una importantísima cuestión concerniente a las calles de una ciudad: ¿qué oportunidades, qué facilidades ofrece para la perpetración de un crimen? Es posible que en una determinada ciudad un cierto número de crímenes se acaben produciendo necesariamente sin que nadie pueda evitarlo, mas yo no lo creo. Pero, que esto sea o no así, lo cierto es que diferentes clases de calles producen formas de barbarie y temor a la barbarie radicalmente diferentes.

Existen también algunas calles que no ofrecen ninguna oportunidad a la barbarie callejera. Las calles del North End de Boston son un dignísimo ejemplo de esto; son probablemente tan

seguras como cualquier otro lugar de la tierra en este sentido. Aunque la mayoría de los vecinos del North End son italianos o descendientes de italianos, sus calles son intensamente transitadas por personas de todas las razas y niveles sociales. Allí trabajan algunos individuos «anónimos» que viven en otros distritos de la ciudad; hay quienes prefieren este barrio para hacer sus compras o para pasear; muchos otros, entre los que contamos a miembros de grupos minoritarios que han heredado distritos peligrosos previamente abandonados por otras personas, tienen a gala hacer efectivos sus cheques en los establecimientos bancarios del North End, realizando después sus compras semanales en las tiendas del barrio, pues saben que no corren el menor riesgo de que les limpien su dinero entre que se lo dan en el banco y lo gastan.

Frank Havey, director de la North End Union, centro de vecinos del lugar, dice: «He vivido en el North End veintiocho años y en todo este tiempo jamás oí un solo caso de violación, atraco, abuso de niños o de otros crímenes de esa clase. Y si los hubiera habido yo lo habría sabido aunque no lo publicasen los periódicos.» Aproximadamente una media docena de veces en el transcurso de las tres últimas décadas, dice Havey, unos sujetos intentaron persuadir a algunos niños o atacaron a una mujer por la noche. En todos estos casos los intentos fueron frustrados por los que pasaban cerca, los mirones de las ventanas o los tenderos.

En el mismo tiempo, en la Elm Hill Avenue, sector de Roxbury, parte de Boston considerada, superficialmente, como zona residencial, los atracos en la calle y el constante temor a otros tipos de agresiones, sin mirones en las ventanas ni atentos tenderos, inducían a las personas prudentes a evitar sus aceras por la noche. Nada tiene de sorprendente que, por estas y otras muchas razones (aburrimiento y falta de vitalidad), la mayoría de Roxbury viva agobiada y entumecida. Con el tiempo, se ha convertido en un lugar bueno para abandonarlo a la primera ocasión.

No deseo con esto singularizar Roxbury y su, en tiempos, encantadora Elm Hill Avenue como una área particularmente vulnerable; su vaciedad y, especialmente, su aspecto marchito y aburrido son también evidentes en muchas otras ciudades. Pero son dignas de mención todas estas diferencias en lo concerniente a seguridad pública dentro de una misma ciudad. Los problemas básicos del sector de la Elm Hill Avenue no provienen de que sus moradores constituyan una población criminal o sometida a discriminación o a los rigores de la pobreza. Sus problemas provienen de su absoluta y física incapacidad para funcionar con la seguridad y vitalidad del otro distrito.

Incluso en sectores aparentemente similares de lugares sustancialmente semejantes, se dan también rotundas diferencias en lo tocante a seguridad pública. Ilustraremos esta observación re-

firiendo un incidente ocurrido en Washington Houses, un grupo de viviendas de la ciudad de Nueva York. Unos vecinos del lugar —que se debatía por encontrarse a sí mismo— planearon celebrar una serie de festejos en el exterior, a mediados de diciembre de 1958, para lo cual plantaron tres grandes árboles de Navidad. El más grande de los tres, que planteó engorrosos problemas de transporte, levantamiento y adorno, quedó instalado finalmente en la «calle» interior del grupo de viviendas, una amplia alameda con pasco. Los otros dos, cada uno de los cuales medía menos de seis pies de alto y cuyo transporte no había creado mayores dificultades, fueron plantados en unas pequeñas franjas de tierra situadas en la esquina exterior del grupo, donde iban a morir una bulliciosa avenida y un cruce de calles de la ciudad vieja. La primera noche robaron el árbol grande con todos sus adornos. Los otros dos resultaron indemnes, con todas sus luces, ornamentos y demás, hasta que los retiraron el día de Año Nuevo. «El sitio en donde robaron el árbol, es teóricamente el más seguro y protegido del grupo de viviendas, y también el más inseguro para la gente, especialmente para los niños», explica un trabajador social que había estado ayudando a los vecinos. «La gente se siente insegura en esa alameda; lo ocurrido con el árbol explica bastante esta actitud. Por otra parte, el sitio donde pusieron los otros dos árboles es justamente la única esquina del grupo donde la gente se siente segura.»

Esto lo sabe ya todo el mundo: una calle muy frecuentada es igualmente una calle segura. Una calle poco concurrida es probablemente una calle insegura. ¿Pero, cuál es el mecanismo de este fenómeno? ¿Y, por qué unas calles son más frecuentadas que otras? ¿Por qué la gente evita en lo posible las aceras de la alameda de Washington Houses, que en principio es sin duda atractiva? ¿Por qué las aceras de la parte vieja de la ciudad, justamente las de la parte Oeste, están siempre llenas de gente? ¿A qué se debe el que una calle esté durante unas horas totalmente abarrotada de público y, de repente, se quede totalmente vacía?

Una calle hecha para vérselas con extraños y que aspire a gozar de un determinado nivel de seguridad, al margen de la presencia de esos extraños —así son siempre las calles de una vecindad que haya sabido solucionar el problema—, ha de reunir estas tres condiciones:

En primer lugar, debe haber una neta demarcación entre lo que es espacio público y lo que es espacio privado. Los espacios públicos y privados no pueden confundirse, como sucede generalmente en los barrios residenciales o en los grupos de viviendas.

Segundo, ha de haber siempre ojos que miren a la calle, ojos pertenecientes a personas a las que podríamos considerar propietarios naturales de la calle. Los edificios de una calle dispuesta

para superar la prueba de los extraños y, al mismo tiempo, procurar seguridad a vecinos y extraños, han de estar orientados de cara a la calle. No deben dar su espalda ni los lados ciegos a la calle.

Tercero, la acera ha de tener usuarios casi constantemente, para así añadir más ojos a los que normalmente miran a la calle, y también para inducir a los que viven en las casas a observar la calle en número y ocasiones suficientes. Nadie disfruta sentándose al lado de la ventana a mirar lo que pasa en una calle vacía. Creo que casi nadie hace una cosa semejante. Pero si hay muchísima gente que se entretiene contemplando la actividad de una calle, desde una ventana o en la acera.

En aglomeraciones de menores dimensiones y más simples que las grandes capitales parece haber un cierto control implícito sobre el comportamiento del público, subsidiariamente del crimen; este control funciona con mayor o menor éxito a través de toda una compleja red cuyos elementos son por lo general la reputación, el prestigio, la aprobación o desaprobación y la sanción del público; estos elementos son de gran eficacia si los vecinos se conocen y se comunican mediante la palabra. Pero las calles de una capital, que deben controlar no solamente el comportamiento de sus moradores habituales sino también el de los visitantes procedentes de los arrabales, barriadas periféricas y ciudades provinciales, deseosos de tomarse una vacación de sus respectivos prestigios y sanciones morales locales, tienen que funcionar de manera más directa y sin rodeos. Las ciudades que han conseguido resolver satisfactoriamente este difícil problema son una auténtica maravilla.

Es inútil intentar eludir la cuestión de la inseguridad en las calles recurriendo a los patios de recreo interiores y protegidos. Vuelvo a decir que las calles de una capital son las encargadas de soportar el tránsito de las personas extrañas a la vecindad, ya que esos extraños han de pasar necesariamente por ellas. Las calles han de defender la ciudad de elementos extraños depredatorios, pero también han de proteger a los innumerables extraños, pacíficos y bien intencionados, que las utilizan para ir de un sitio a otro.

Y lo que es más, ninguna persona normal está dispuesta a pasarse la vida en un refugio artificial, incluyendo en las personas normales a los niños. Todo el mundo debe usar las calles. En principio, nuestros objetivos a este respecto son bien sencillos: proteger las calles donde el espacio sea inequívocamente público, y no mezclado físicamente con espacios privados ni con cualquier otra cosa, de forma que la zona necesitada de vigilancia tenga unos límites claros y practicables; así mismo, ver la manera de que estas calles y espacios públicos tengan unos ojos que a ser posible los estén mirando continuamente.

Más no es sencillo realizar estos objetivos, especialmente el último. Nadie puede obligar a la gente a usar calles, ni tener alguna razón para hacerlo. Nadie puede obligar a la gente a mirar a la calle cuando la gente no quiere mirar. Que la seguridad en las calles deba ser asegurada por una vigilancia e inspección, suya suena terrible, pero en la vida real no es así. La seguridad de la calle es mayor y da lugar a menores conflictos de hostilidad o sospecha precisamente allí donde los individuos son menos conscientes, por lo general, de que están observando o inspeccionando, fenómeno éste que coincide con un bullicioso uso y aún disfrute de las calles de la ciudad.

El requisito básico de esta vigilancia es que haya una buena cantidad de tiendas y otros establecimientos públicos de trecho en trecho, a lo largo de las aceras de un distrito; especialmente, aquellos establecimientos utilizados con preferencia por la tarde y por la noche. Tiendas, bares y restaurantes, por no citar sólo los ejemplos más claros, colaboran de diferentes y complejas maneras en la consecución del objetivo de la seguridad en las aceras.

En primer lugar, son buenas razones para que tanto los vecinos como los extraños usen las aceras en las que están situados esos establecimientos.

En segundo lugar, dichos establecimientos arrastran a otras personas a caminar por aceras donde no hay sitios que atraigan al público particularmente, pero que son frecuentados en tanto que vías de acceso a alguna otra parte; desde el punto de vista geográfico, este fenómeno no tiene mucha repercusión, porque se produce en áreas muy reducidas, razón de más para que este tipo de empresas sea frecuente, a fin de poblar con transeúntes aquellos otros tramos de calle que carecen de establecimientos públicos en las aceras. Y aún más sería conveniente que hubiera muchos tipos de empresas que dieran a la gente razones diversas para entrelazar sus pasos.

Tercero, los tenderos y otros pequeños negociantes son característicamente sólidos defensores de la paz y el orden por interés propio; estas personas odian las ventanas rotas y los asaltos; es comprensible que no les guste nada ver a sus clientes nerviosos e intranquilos por su seguridad. Si son numerosos pueden constituir un excelente cuerpo de vigilantes y guardianes de las aceras de sus calles.

Cuarto, no se ha de perder de vista que las personas que van por la calle sin rumbo fijo o las que van a algún sitio concreto a comer o a beber dan lugar a una actividad que en definitiva constituye una atracción para otras personas.

Este último aspecto (que la vista de otras personas tiene la virtud de atraer a más gente), es algo al parecer totalmente incomprensible para los urbanistas y proyectistas. Estos expertos

operan sobre la base de que los ciudadanos buscan contemplar lugares vacíos, ordenados y tranquilos. Nada más lejos de la verdad. A todo el mundo le gusta contemplar actividad y a otras personas, hecho este último evidente en todas las ciudades. Este fenómeno alcanza su máxima comicidad en la parte alta de Broadway en Nueva York, allí donde la calle está dividida por una rambla central estrecha, justamente en medio del tránsito. En los cruces de esta larga alameda se han instalado bancos detrás de unos parapetos de hormigón como protección; cualquier día de tiempo medianamente tolerable pueden verse estos bancos totalmente llenos de gente contemplando a los transeúntes que pasan por la alameda, el tráfico, los peatones que caminan por las aceras y, como no, unos a otros.

Broadway llega hasta la Columbia University por la derecha y al Barnard College por la izquierda. En este lugar todo está en orden y quietud. No hay tiendas ni la actividad a que da lugar las tiendas, casi nunca se ve a ningún peatón y, por consiguiente, tampoco hay nadie mirando. Hay bancos, pero están completamente vacíos incluso aunque haga buen tiempo. Yo me he sentado algunas veces allí para averiguar el motivo. Creo que difícilmente puede haber lugar más aburrido. Hasta los estudiantes de esas instituciones evitan la soledad. Hacen sus pequeños paseos y hacen sus trabajos fuera de los edificios y contemplan el movimiento de la calle desde lo alto de la escalinata frente al cruce más bullicioso del campus (recinto universitario). Lo mismo ocurre en muchas otras calles. Una calle agradable tiene siempre usuarios y simples mirones. El año pasado estuve en una calle de éstas, en el Lower East Side de Manhattan, mientras esperaba un autobús. Apenas llevaba un minuto, tiempo insuficiente para tomar conciencia de la actividad de la calle, sus viandantes, niños y ociosos de las ventanas, cuando atrajo mi atención una mujer que abría una ventana situada en el tercer piso del edificio de enfrente y empezó a gritarme. Cuando yo me percaté de que deseaba llamar mi atención y respondí, y ella me gritó: «¡Los sábados no pasa ningún autobús por aquí!» Después, alterando los gritos con los gestos me indicó la esquina. Esta mujer era uno de los miles de personas que en Nueva York se preocupan afortunadamente de las calles. En seguida perciben la presencia de un extraño, observan todo lo que sucede y en cuanto han de entrar en acción, orientar correctamente a un extraño o llamar a la policía, lo hacen sin dudar. Para decidirse a actuar en este sentido se requiere normalmente una seguridad y el sentimiento de que la calle es algo perfectamente conocido y como propio, porque sólo así se puede procurar ayuda en caso necesario; sobre estos temas volveremos a hablar más adelante. No obstante, más necesaria que la acción es la observación misma.

No todo el mundo en las mismas circunstancias atiende a lo

que ocurre en la calle, y muchos vecinos o empleados de la ciudad no saben o no tienen conciencia de por qué su vecindad es segura. Hace unos días ocurrió un incidente en la calle donde yo vivo, que precisamente me interesó porque hace referencia a este punto.

Debo decir que la manzana de casas en que vivo es pequeña, pero contiene una notable gama de edificios que van desde los inmuebles de tres o cuatro pisos convertidos en apartamentos de alquiler barato con locales para tiendas en los bajos o acondicionados para viviendas de tipo familiar como el nuestro. Al otro lado de la calle había antes varios edificios de ladrillo, la mayoría de cuatro pisos, con tiendas en la parte baja. Pero hace doce años varias casas, desde la esquina hasta la mitad de la manzana fueron convertidas en un solo inmueble de apartamentos de pequeño tamaño, alquiler alto y con ascensor.

El incidente que me llamó la atención fue una escena, cuyos motivos desconozco, entre un hombre y una niña de ocho o nueve años. Al parecer, el hombre intentaba convencer a la niña para que fuera con él. El individuo lisonjaba con atenciones a la pequeña para atraerla, o bien asumía un aire de despreocupación. La niña se quedaba rígida, como hacen los niños cuando ofrecen resistencia, contra la pared de uno de los inmuebles del otro lado de la calle.

Mientras, yo observaba desde la ventana de nuestro segundo piso por si era aconsejable intervenir, pero pronto me di cuenta que no iba a ser necesario. De la carnicería situada en la parte baja había salido la dueña; desde donde estaba el hombre podía oír la perfectamente y verla con los brazos cruzados mirándole con fijeza a la cara. Joe Cornacchia, que tiene un establecimiento de golosinas con sus yernos, salió también en aquel momento y se plantó firmemente al otro lado. Varias cabezas se asomaron por las ventanas del inmueble, una de las cuales se retiró rápidamente para reaparecer un segundo después en la puerta de la calle, a espaldas del hombre. Otros dos hombres habían salido del bar próximo a la carnicería acercándose hasta la puerta en espera de acontecimientos. Al otro lado de la calle, o sea donde vivo yo, se podía ver al zapatero, al frutero y al propietario de la lavandería, todos los cuales habían salido de sus tiendas y contemplaban la escena que, al mismo tiempo, era observada desde numerosas ventanas próximas a la misma. Aquel hombre no lo sabía, pero estaba rodeado; nadie permitiría que se llevara a la pequeña, aun cuando nadie hubiera sabido quién era.

Siento profundamente tener que decir que la pequeña resultó ser la hija de aquel hombre.

En todo este drama, que duró unos cinco minutos, no se vio a nadie en las ventanas del edificio de pequeños apartamentos de alquiler alto. Fue el único edificio que no hizo, podríamos

decir, acto de presencia. Cuando vinimos a esta vivienda yo solía decir que a lo mejor pronto reconstruirían todos los edificios de la calle como habían hecho con aquél. Pero ahora puedo hablar con más conocimiento de causa y considerar con tristeza las noticias recientes según las cuales esa misma transformación está prevista para el resto de la manzana del inmueble de aquí delante. Los inquilinos de estos apartamentos, la mayoría de los cuales son tan transeúntes que ni siquiera podemos recordarles la cara*, no tienen ni la más remota idea de quien cuida su calle, y mucho menos cómo. Una vecindad puede absorber y hasta proteger un importante número de estas aves de paso, como hace la nuestra. Pero si la vecindad, en caso de que así ocurra, se convierte finalmente en lo que son ellos ya, empezarán a darse cuenta de que las calles son menos seguras, no sabrán exactamente a qué atenerse y si las cosas empeoran tendrán que trasladarse a otra ciudad misteriosamente más segura.

En algunas vecindades ricas donde este tipo de auto-vigilancia es muy precaria, como la residencial Park Avenue o la superopulenta Quinta Avenida de Nueva York, se alquilan mirones para que hagan el trabajo. Las monótonas aceras de la residencial Park Avenue, por ejemplo, están sorprendentemente poco concurridas; sus posibles usuarios se aglomeran en cambio en las aceras llenas de interesantísimos bares, tiendas y restaurantes de Lexington Avenue y Madison Avenue, en la parte Este y Oeste y en los cruces de otras calles que conducen a las anteriores. Un enjambre de porteros y encargados, recaderos y criadas, una especie de vecindad alquilada, mantiene a la residencial Park Avenue bien equipada de ojos. Por la noche, los porteros siguen en su calidad de baluartes y con esta seguridad hay los perros callejeros sé quienes se aventuran a sacar el perro, que también tiene sus servidumbres, constituyéndose en observadores suplementarios. Pero esta calle está huérfana de ojos propios, vacía de razones concretas para que alguien la use o la mire en lugar de coger la primera esquina y desaparecer; si los de sus inmuebles bajasen hasta un nivel en el que ya no fuera posible sostener la población alquilada de porteros y ascensoristas, entonces se acabaría convirtiendo indudablemente en una calle terriblemente peligrosa.

Si una calle está bien equipada para tratar con los extraños y establece una buena y efectiva demarcación entre espacios privados y espacios públicos, y además posee como algo propio una serie de actividades básicas y su correspondiente dotación de ojos, entonces cuantos más extraños haya más divertido.

Los extraños constituyen un apreciable tesoro en la calle

* Según los tenderos, algunos viven a base de legumbres y pan, pero andan a la busca de otra vivienda cuya renta no podrán pagar ni con todos sus ingresos.

por la noche, cuando más necesaria es la seguridad, como quien dice, al trote. Hemos tenido mucha suerte en la calle; además del bar frecuentado por los vecinos y en la esquina, tenemos un famoso bar que atrae a las gentes bandadas de forasteros de las vecindades próximas de fuera del barrio. Es famoso porque el poeta Thomas solía sentarse allí, y además lo mencionaba en sus poemas. En verdad, este bar actúa en dos sentidos. Por la noche, y después de almorzar, es un lugar de reunión de la comunidad de estivadores irlandeses y artesanos que trabajan en esta parte de la ciudad; esto viene ya de antiguo. Pero a medida que avanza la tarde cambia de vida, organizándose disparatadas reuniones escolares en las que se mezcla la cerveza con una especie de guateque literario que se prolonga hasta primeras de la madrugada. Si ustedes pasan en una noche de frío por delante del White Horse y abren la puerta recibirán un fuerte y densa vaharada de conversaciones y animación muy agradable. Las idas y venidas constantes de personas a este bar mantiene nuestra calle razonablemente poblada hasta las primeras de la madrugada, garantizando siempre su seguridad. El día siguiente, entre el cierre del bar y el amanecer. Un vecino nuestro que lo vio desde su ventana puso fin a la paliza; indudablemente, aquel vecino intervino porque inconscientemente tenía conciencia de ser parte de una red mantenedora de la ley y el orden en la calle.

Tengo un amigo que vive en una calle en la parte alta de la ciudad donde un centro parroquial comunal y para la juventud, con muchos bailes y otras actividades, realizan el mismo servicio en su calle que el bar White Horse en la nuestra. La ortodoxia urbanística está muy imbuida de concepciones puritanas y utópicas respecto a cómo ha de emplear la gente sus horas libres; en urbanismo, estos moralismos sobre la vida privada de las personas se confunden igualmente con otros conceptos relativos al funcionamiento teórico de las ciudades. Manteniendo la civilización en la vía pública, el bar White Horse y el centro juvenil parroquial, diferentes como son evidentemente, realizan indudablemente el mismo servicio público de civilizar la calle. En las ciudades no solamente hay sitio para este tipo de diferencias, y muchas otras más a gusto de todos, en interés y aplicación; es que, además, las ciudades necesitan todas estas diferencias, por la sencilla razón de que hay personas inclinadas a un tipo de diversión o actividad y otras diversiones y actividades muy distintas. Para las ciudades, esas preferencias de los utópicos y otros esforzados administradores de los ocios de los demás no son únicamente irrelevantes, sino algo peor: perniciosas. Cuanto

mayor y más abundante sea el conjunto de interesados legítimos (en el sentido estrictamente legal del término) que sean capaces de satisfacer las calles de una ciudad y los establecimientos o centros que en ellas están instalados, mejor para esas calles y para la seguridad y grado de civilización de la ciudad.

Es cierto que muchos bares y establecimientos comerciales gozan de mala fama en determinados distritos, precisamente porque atraen a muchos extraños, y estos no bastan en absoluto. Esto es particularmente verdad en los desvaídos cinturones grises de las grandes capitales y en las zonas residenciales interiores, en tiempos consistentes o, por lo menos, presentables. Generalmente se cree que estas vecindades son tan peligrosas a causa del insuficiente alumbrado de sus calles. Indudablemente, un buen alumbrado es importante, pero la oscuridad por sí sola no es lo que hace de todos estos barrios unos lugares grises, repulsivos y monótonos.

El valor de las luces en estas grises y desvaídas áreas proviene de la tranquilidad que procuran a algunas personas obligadas a caminar por las aceras o a las que les gustaría hacerlo, y no pueden por carecer precisamente de buen alumbrado. La iluminación induce a estas personas a poner sus propios ojos a contribución para la mayor seguridad de la calle. Además, es obvio que una excelente iluminación aumenta las posibilidades de cada par de ojos, ya que su alcance es mayor. Cada par de ojos adicionales y cada incremento de su radio visual, es evidentemente algo muy positivo para estas tristes barriadas.

Ahora bien, si los ojos no están allí, y si no hay cerebros detrás de estos ojos que, aun inconscientemente, estén dispuestos a colaborar para el mantenimiento de la civilización y de la tranquilidad general en la calle, las luces, por muy buenas que sean, no serán en absoluto suficientes. Siempre es posible, y esto ha ocurrido más de una vez, que se cometan los más horrendos crímenes en las estaciones muy bien iluminadas del metro cuando no hay ojos presentes. Casi nunca suceden cosas semejantes en los teatros, superpoblados y prácticamente a oscuras. Las luces de una calle pueden ser como la famosa piedra que cae en el desierto, donde no hay ninguna oreja que pueda oír. ¿Hace algún ruido esta piedra? ¿Alumbra alguna luz si no hay ojos para verla? Parece ser que no, al menos en la práctica.

Para explicar el transformador efecto que produce la presencia de extraños en las calles de las áreas tristes y grises, me referiré en primer lugar, con una clara intención de analogía, a las peculiaridades de otro y muy significativo tipo de calle: los corredores de los inmuebles de viviendas, corredores típicos de la Ciudad Radiante y contruados a diversas alturas. En cierto sentido, los corredores y ascensores de estos inmuebles son tam-

bién calles. Son calles empotradas en el firmamento a fin de eliminar las calles a nivel del suelo; su finalidad es dejar espacios libres y desiertos donde puedan instalarse parques y alamedas semejantes a la de Washington Houses (en la que robaron el árbol de Navidad).

Esos corredores son naturalmente partes interiores de los edificios, y también calles, en el sentido de que son lugar de paso obligado para los vecinos, la mayoría de los cuales no se conocen y tampoco saben quién es y quién no es vecino. Pero también son calles en el sentido de que son accesibles al público en general. Los proyectistas las diseñaron pensando que en las viviendas habrían de residir personas deseosas de habitar apartamentos-imitación para clases altas, pero sin dinero en efectivo suficiente para pagar apartamentos auténticos de clases altas, es decir, con porteros y ascensoristas. Cualquier persona puede entrar en estos inmuebles sin que nadie le pregunte absolutamente nada, utilizar los accesos al ascensor y las aceras, es decir los corredores. Aunque, como digo, estas calles interiores son plenamente accesibles al público en general, están en cambio totalmente cerradas a la vista de algún público en particular, careciendo por consiguiente de los autocontroles e inhibiciones normales en las calles de la ciudad, supervisadas por ojos humanos.

Tengo entendido que las autoridades responsables de la vivienda en la Ciudad de Nueva York se hicieron cargo de que algo no funcionaba como era debido; yo creo, así mismo, que les preocupaba más los actos de vandalismo contra la propiedad perpetrados en estas calles ciegas que los perfectamente demostrados peligros para los seres humanos. Por esta razón, dichas autoridades experimentaron años atrás unos corredores abiertos a la eventual observación del público en unas viviendas que levantaron en Brooklyn y a las que llamaré Blenheim Houses, aunque no sea éste su nombre (no quiero añadirles más preocupaciones haciéndolo público).

Los edificios de Blenheim Houses tienen dieciséis pisos; estas alturas, por tanto, hacen posibles amplios espacios desérticos al nivel del suelo; en consecuencia, la observación o vigilancia de los corredores abiertos desde abajo o desde otros edificios, debe ser más psicológica que otra cosa; no obstante, el hecho de estar expuestos a una mirada psicológica ha de tener sin duda algún efecto. Lo importante y verdaderamente eficaz es que los corredores estaban diseñados para que la vigilancia u observación pudiera efectuarse desde el interior de cada edificio. También se contruyeron servicios para usos distintos a los de la simple circulación de personas: espacios para juegos generosamente amplios (más o menos como un porche estrecho) y a modo de pasillos. Estos servicios fueron realmente afortunados,

puesto que los vecinos, considerándolos interesantes y bonitos, les añadieron una utilización suplementaria, con mucho la favorita: terrenos para picnic (y ello a pesar de las continuas quejas y amenazas de la administración, que no había proyectado los balcones-corredor para este uso). Recordemos ahora aquello de que el proyecto o plan ha de preverlo absolutamente todo y no introducir después cambios.

En definitiva, los vecinos están entusiasmados con sus balcones-corredor; resultado de una intensísima utilización, estos lugares están sometidos a una intensa vigilancia. No se ha dado ningún caso criminal ni de vandalismo en estos corredores particulares. Nadie ha robado ni siquiera una bombilla, aunque en este tipo de proyectos (con corredores ciegos y de similar tamaño) se presupuestan miles de recambios al mes para las instalaciones eléctricas exteriores (bombillas, focos, etc.)

Hasta aquí todo perfecto.

¡Sorprendente demostración de conexión directa entre observación y seguridad en una ciudad!

No obstante, Blenheim Houses tiene un espantoso problema de vandalismo y comportamiento escandaloso. Los bien alumbrados balcones son, como dice el administrador, «el espectáculo más brillante y atractivo que cabe ver»; estos balcones atraen a muchos extraños, especialmente adolescentes de todos los rincones de Brooklyn. Pero estos extraños atraídos en principio por magnetismo de los corredores visibles por todo el mundo, no se detienen en ellos, sino que entran en las «calles» del edificio, aquellas que carecen totalmente de vigilancia, incluyendo los ascensores y, lo que es más importante, las escaleras de incendios y sus salidas (o entradas) a la vecindad. La policía interior de las viviendas persigue arriba y abajo a los malhechores, que se comportan de una manera bárbara y viciosa en todo los tramos de corredores y escaleras de estos edificios de dieciséis pisos, sin que nadie en absoluto los pueda ver. Pocas veces son detenidos. Es muy fácil subir con el ascensor a un piso alto, entorpecer el cierre de la puerta para que no pueda bajar y después abalanzarse sobre las viviendas y cualquiera de sus moradores o sobre los transeúntes de estos corredores. El problema es tan grave y, al parecer, tan incontrolable que descompensa completamente las ventajas y seguridades de los balcones-corredor, al menos en opinión del alarmado administrador.

Lo que sucede en Blenheim Houses es poco más o menos lo mismo que en las áreas frustradas y grises de las capitales. Las calles con algo de animación y vida de estas áreas son lastimosamente pocas y muy pequeñas; se parece mucho a los corredores visibles de Blenheim Houses. Atraen a los extraños. Así mismo, las calles medio ciegas desiertas, tristes y mortecinas que las rodean son como las escaleras de incendios de Blenheim

Houses. No están equipadas para habérselas con extraños; por ello, su presencia es una constante y automática amenaza.

En estos casos se siente en seguida la tentación de echar la culpa a los balcones (o los comercios y bares) que actúan como agente magnético. Este proceso mental es muy característico; por ejemplo, veamos lo que ocurre con el proyecto de reordenación de Hyde Park-Kenwood, actualmente en período de realización en la universidad de Chicago. Esta porción de «área gris» próxima a la Universidad de Chicago contiene muchas y espléndidas casas y terrenos de recreo; durante más de treinta años ha sufrido una verdadera plaga de crímenes en sus calles; por si fuera poco, la zona ha venido decayendo físicamente a ojos vistas en los últimos años.

La «causa de la decadencia de Hyde Park-Kenwood ha sido brillantemente identificada: «decaimiento». Los autores del hallazgo son los herederos (urbanistas) de los doctores sanguijuelistas. Por «decaimiento» entienden el fenómeno de abandono de muchos profesores y otras familias de clase media, fugitivos de la tristeza y peligros de distrito; las viviendas de éstos eran inmediatamente ocupadas por personas con menos posibilidades sociales y económicas para escoger o seleccionar su vivienda y el emplazamiento de ésta. El Plan a que hemos hecho antes referencia tiene por objeto derribar el barrio antiguo y sustituirlo por brillantes ejemplares de Ciudad Jardín Radiante, proyectados, como de costumbre, para menguar el uso de las calles. El plan añade también varios espacios vacíos esparcidos aquí y allá, hace aún más confusa la distinción, ya precaria, entre espacios públicos y privados dentro del distrito y, finalmente, le amputa sus establecimientos comerciales, que ya de por sí andaban bastante alicaídos. Los proyectos iniciales de reordenación incluían un supermercado a limitación de los residenciales, de dimensiones relativamente grandes. No obstante, al pensar en estos últimos los diseñadores repararon tímidamente en las realidades, y éstas les produjeron un escalofrío de aprensión que provocaron algunas modificaciones en el proceso de urbanización en curso. Un centro comercial grande, más grande de lo preciso para atender las necesidades normales de los residentes en el distrito reordenado, «podía atraer al área a demasiadas personas extrañas» (esto es lo que dijo uno de los arquitectos-urbanistas). Por esta razón, se empezó a construir un centro comercial pequeño.

Pero que sea grande o pequeño es lo de menos.

Es lo de menos porque Hyde Park-Kenwood, al igual que todos los distritos de una ciudad cualquiera, está rodeado en la realidad por «personas extrañas». La zona que nos ocupa está rodeada en pleno Chicago. No puede modificar, aunque lo intentara, su localización. No puede volver a ser lo que fue en un

tiempo, que queda ya muy atrás, es decir, un semi-arrabal. Urbanizar como si lo fuera y eludir sus inadecuaciones funcionales sólo puede producir dos resultados.

En primer lugar, puede ocurrir que las personas extrañas o desconocidas sigan entrando en esa área cuando les parezca; en este caso, entre los desconocidos habrá algunos poco recomendables. En lo concerniente a la seguridad, nada habrá cambiado salvo que serán mayores, si cabe las posibilidades de nuevos crímenes en la calle, puesto que habrá más espacios vacíos. En segundo lugar, es posible que el proyecto prevenga la adopción de medios extraordinarios y firmes para mantener alejados del distrito a todos los desconocidos, como ha hecho la contigua Universidad de Chicago (la inspirada institución que aplicó por primera vez estas técnicas); en efecto, según informó la prensa, las autoridades universitarias sueltan por la noche perros policía que patrullan constantemente los terrenos universitarios y se lanzan al pescuezo de todo ser humano lo suficientemente audaz como para aventurarse por esta jungla.

Las barreras que forman los nuevos grupos de viviendas en los límites de Hyde Park-Kenwood, aún más extraordinariamente vigilado que la Universidad, pueden conseguir sin duda mantener a todo desconocido alejado del lugar con suficiente eficacia. En este supuesto, será al precio de la total hostilidad del resto de la ciudad y de la aparición entre los moradores del mismo de un denso complejo de defensores de un fortín. ¿Quién puede asegurar, en fin, que los miles de personas que viven dentro del fuerte son todos ellos dignos de confianza en la oscuridad?

No quiero tampoco ahora singularizar una zona concreta ni, en este caso, un proyecto determinado como especímenes máximos de perversión. Hyde Park-Kenwood es un caso significativo principalmente porque el diagnóstico y los correctivos que ha arbitrado son perfectamente típicos —aunque ligeramente más ambiciosos— y representativos de todos los otros planes experimentales de reordenación urbanística de áreas decaídas, menguadas y venidas a menos en todo el país. Se trata en todos estos casos de verdadero Urbanismo, con todas las pólizas y sellos requeridos por la ortodoxia urbanística, y no de una aberración nacional.

Vamos a suponer ahora que seguimos construyendo y re-construyendo deliberadamente ciudades inseguras. ¿Cómo podremos vivir en medio de esta inseguridad? Por las pruebas que he podido reunir, parece que hay tres maneras de salir adelante; es posible que con el tiempo se inventen otras, pero creo que serán simples desarrollos ulteriores de esas tres, si es que la palabra desarrollo puede caber a estas alturas.

La primera manera es dejar que el peligro campe por sus

respetos según esto, los desgraciados que lo sufren que paguen las consecuencias. Esta es la política que se sigue ahora con los grupos de viviendas de renta baja y con muchos otros de renta media.

La segunda manera es refugiarse en los vehículos; esta técnica se practica en las selvas africanas de grandes animales salvajes, donde se advierte a los turistas que no abandonen sus automóviles bajo ninguna circunstancia hasta que lleguen a un refugio. Igualmente, es la técnica que se practica en Los Angeles. Los sorprendidos visitantes de esta ciudad cuentan y no acaban de cómo la policía de Beverly Hills les ha detenido, interrogado, obligado a demostrar las razones que tienen para ir a pie, y, finalmente, advertido del peligro. Esta técnica de seguridad pública parece que no tiene demasiada eficacia ni siquiera en Los Angeles, como demuestran sus índices de criminalidad, pero mientras tanto dicen que sirve. Suponemos a donde subirían las cifras de criminalidad si en la gran reserva ciega de Los Angeles viviese más gente carente de conchas de metal.

En muchos otros lugares peligrosos de otras ciudades, los particulares usan a menudo, también, el automóvil como protección, o al menos lo intentan. Leamos una carta dirigida al director del «New York Post»:

«Vivo en una calle oscura al final de Utica Avenue en Brooklyn y, por esta razón, he decidido tomar un taxi para ir a mi casa aún cuando no sea demasiado tarde. Un taxista me preguntó en cierta ocasión qué iba hacer yo al final de Utica, explicándome que él no quería bajar por una calle tan oscura. Pues, vaya. Si yo hubiera querido ir andando no le habría llamado.»

La tercera manera, ya sugerida cuando hablé de Hyde Park-Kenwood, la desarrollaron las pandillas de matones, y posteriormente la han adoptado los promotores de la reordenación urbana. Esta técnica consiste en cultivar la institución del *Turf*.*

Bajo el sistema del *Turf*, en su forma histórica, una banda se apropia de unas determinadas calles, grupos de viviendas o parques (y a menudo de las tres cosas a la vez). Los miembros de otras bandas no pueden entrar en este *Turf* sin permiso de la banda propietaria, y si lo hacen se exponen a ser apaleados o expulsados. En 1956 el Tribunal de Menores de la ciudad de Nueva York, desesperado ante la guerra de bandas en curso, obtuvo gracias a la intervención de su propia banda de trabajadores so-

ciales jóvenes una serie de treguas entre los contendientes; estas treguas estipulaban, entre otras provisiones, el reconocimiento mutuo de los respectivos *turfs* y el acuerdo de no traspasarlos.

El jefe de la policía urbana, Stephen P. Kennedy, manifestó después que los del Tribunal de Menores se habían sobrepasado. La policía, explicó el funcionario, desea proteger el derecho de toda persona a caminar por cualquier parte de la ciudad con seguridad e impunidad, y que esto fuera considerado como un derecho básico. Añadió que los acuerdos sobre el *Turf* subvertían intolerablemente los derechos públicos y la seguridad pública.

A mi juicio, el señor Kennedy tenía mucha razón. No obstante, debemos reflexionar sobre el problema con que se enfrenta el Tribunal de Menores. En primer lugar, reconozcamos que era un problema real; los agentes de Menores hacían todo lo que podían, claro está con medios muy empíricos. La seguridad de la ciudad, de la que depende en última instancia el respeto a los derechos públicos y la posibilidad de moverse con cierta libertad, era inexistente en las calles, parques y grupos de viviendas dominados por esas bandas. En estas circunstancias, la libertad urbana que postulaba el jefe de Policía era más bien un ideal académico. Consideremos ahora los proyectos de reordenación urbana, que se orientan a la construcción de viviendas de renta media y alta; estos inmuebles se levantan en solares ocupados antes por muchas manzanas de casas y disponen sus propios terrenos y sus propias calles, formando el conjunto «islas dentro de la ciudad», «ciudades dentro de la ciudad» y «nuevas teorías sobre la vida urbana», como dicen los anuncios publicitarios. Es la misma técnica que utilizaban las bandas en sus *Turfs* o feudos auténticos valladares para otras bandas. Al principio, las vallas (o empalizadas) no eran nunca visibles. Los guardias de patrulla se bastaban y sobaban para garantizar la línea. Pero en los últimos años estas vallas han pasado a ser algo absolutamente real, físicamente hablando.

Posiblemente, la primera fue la alta cerca en forma de espiral en torno a un grupo de viviendas del tipo Ciudad Jardín Radiante contiguas al Johns Hopkins Hospital de Baltimore (las grandes instituciones educacionales parecen tener una muy deplorable capacidad inventiva en relación con los mecanismos del *Turf*). En caso de que alguien equivoque el significado de la valla hay unos grandes carteles a la entrada que dicen «Quédense fuera. No entre.» Es algo pavoroso ver la vecindad de una ciudad civilizada amurallada de esta manera. No solo parece feo en su sentido más profundo, sino hasta surrealista. Nos imaginamos como deben sentirse los vecinos, a pesar del mensaje que, a modo de antídoto, publicó el boletín de la Comisión de Vecinos a propósito del proyecto de construcción de una iglesia: «El amor cristiano es el mejor tónico.»

* *Turf*, en principio significa césped, y también terreno donde se efectúan las carreras de caballos. El sentido que en este caso le da el autor viene suficientemente explicado a continuación. (Nota del Traductor.)

Nueva York se ha apresurado rápidamente a seguir la lección de Baltimore, a su manera por supuesto. Porque, efectivamente, comprobamos que Nueva York, con sus Amalgamated Houses en el Lower East Side, ha ido mucho más lejos todavía. En la parte extrema Norte del paseo central que a todo de parte atraviesa la nueva urbanización, se ha instalado una gran plaza con barras de hierro cerrada a cal y canto permanentemente alambradas. ¿Queda incontaminado empero este artillado de la vieja y depravada Megalopolis? En absoluto. Con todo al mismo, hay un parque de recreo público y, algo más, unas viviendas para clases sociales de diferentes rentas.

En «una ciudad reconstruida» hacen falta montones de vallas para conseguir una vecindad armónica. Las «junturas» o costuras entre dos poblaciones de diferentes niveles de renta consiguen un tejido realmente primoroso, como ocurre en el ya conocido Lower East Side, entre la cooperativa de renta media de Beers Hook y las Vladeck Houses, de alquiler bajo. Colears Hook defiende su *Turf* contra los eventuales ataques de los vecinos de al lado mediante un vasto espacio destinado a aparcamiento a todo lo ancho de la juntura del superbloque, después un alto seto y una valla en forma de espiral de seis pies de alto y luego una tierra de nadie completamente cercada de unos cuatro pies de ancho consistente principalmente en un amasijo de papeles sucios y que es concienzudamente inaccesible a cualquier otro objeto, que no, ya, persona. Justamente ahí comienza el Vladeck *Turf*.

De manera similar, en la parte alta de West Side, un empleado del Park West Village. «Un mundo para usted en el corazón de Nueva York», a quien logré ver presentándose como posible vecino, me dijo para tranquilizarme: «Señora, tan pronto quede dominado el supermercado, todos los terrenos quedarán vallados».

«¿Vallas en espiral?»

«Exacto, señora. Y hasta es posible —señaló con la mano— una ciudad que rodeaba sus dominios— que todo eso desaparezca. La gente se marchará. Somos los pioneros aquí.»

Supongo que debe ser como la vida de los pioneros en una ciudad rodeada de una empalizada, salvo que los pioneros trataban para mayor seguridad y prosperidad de su civilización, para su liquidación.

Algunos miembros de las bandas de los nuevos *Turfs* encuentran esta vida un tanto dura. Esto es lo que pensaba un empleado del «New York Post», según deducimos de la carta que escribió al director de dicho periódico en 1959:

Hace unos días, y por primera vez, mi orgullo de vecino de

Stuyvesant Town y de la Ciudad de Nueva York se trancó en indignación y vergüenza. Pude ver a dos muchachos de unos doce años sentados en un banco de Stuyvesant Town. Estaban enfrascados en una conversación muy animada, con buenas maneras y tranquilos; hablaban en portorriqueño. De repente, vi como se aproximaban dos guardias, uno por el Norte y otro por el Sur. Uno de ellos llamó la atención del otro señalándole los dos chicos. El otro guardia se acercó hasta donde estaban los portorriqueños y después de un cambio de palabras, expresadas tranquilamente por ambas partes, los muchachos se levantaron y se fueron, aparentando indiferencia... ¿Cómo vamos a pedir a la gente que tenga dignidad y se respete a sí misma si nosotros le arrancamos estas virtudes aún antes de que alcancen la edad adulta? Realmente, debemos ser muy pobres los de Stuyvesant y también los de Nueva York cuando no podemos compartir un banco con dos muchachos.»

La Sección Cartas al Director titulaba la carta de esta manera: «Quédese en su *Turf*».

En conjunto, sin embargo, parece que la gente se ha acostumbrado rápidamente a vivir en un *Turf* con vallas y empalizadas, materiales o inmateriales; hay muchos que empiezan a preguntarse cómo habían podido sobrevivir anteriormente sin ellas. El «New Yorker» describió este fenómeno antes, incluso, de que aparecieran los *Turfs* en la ciudad, refiriéndose, no a una «capital» vallada sino a una «ciudad» (de provincias) vallada. Según parece, cuando Oak Ridge, Tennessee, fue desmilitarizada al término de la guerra, muchos vecinos se echaron a temblar ante la perspectiva de que desapareciera la empalizada levantada por motivos defensivos a causa de la guerra; hubo protestas, mítines y gran agitación. Todos los habitantes de Oak Ridge habían venido, pocos años atrás, de ciudades o capitales sin empalizadas, pero aquella vida «cerrada» se había convertido para ellos en una cosa normal, y al enterarse de que se iban a quedar sin empalizada empezaron a temer por su seguridad.

De igual manera, un sobrino mío de diez años de edad, David, que ha nacido y crecido en Stuyvesant Town, «Una ciudad dentro de una Ciudad», comenta maravillado de que nadie en absoluto pueda caminar por la calle donde está su casa. «¿Nadie puede andar por aquí si no paga alquiler en esta calle?», pregunta. «¿Quién los echa afuera si no son de este sitio?»

La técnica de dividir la ciudad en *Turfs* no es un expediente practicado sólo por la Ciudad de Nueva York para solucionar sus problemas particulares. Es una solución general y practicada en gran escala y cuyo objetivo final es la Ciudad Americana Reconstruida. En la Conferencia sobre Diseños y Proyectos de Harvard celebrada en 1959, uno de los conceptos más manejados

Los arquitectos proyectistas resultó ser el llamado *enigma Turf*, aunque ellos no emplearon esta expresión. Vinieron listos por donde resultó también que los ejemplos sacados a colación fueron la urbanización de renta media de Lake Meadows, Chicago, y la renta alta de Lafayette Park, de Detroit. ¿Qué hacer? ¿Mantener el resto de la ciudad al margen de los límites de semejantes fortalezas? Trabajo difícil y desagradable. ¿Evitar a toda la ciudad a ingresar en ella? Cuán difícil, por decir imposible.

Al igual que los trabajadores sociales al servicio del Tribunal de Menores, los promotores y vecinos de las Ciudades Radiante, Jardín Radiante, Jardín y Bella se enfrentan con auténticas dificultades y han de superarlas como mejor saben y con los medios empíricos de que disponen. Tienen pocas opciones donde escoger. Siempre que se plantea el problema de reconstruir la ciudad surge la teoría bárbara del *Turf*; la ciudad reconstruida ha hecho trizas una función básica de las calles de una ciudad y, al hacerlo, ha liquidado necesariamente su libertad.

Bajo el aparente desorden de la vieja ciudad, siempre y cuando hablemos de una ciudad o capital vieja afortunadas en la solución de sus problemas urbanos, circula un orden maravilloso que conserva la seguridad en las calles y la libertad de la ciudad. Su elemento básico es la forma en que sus moradores utilizan las aceras, es decir, constantemente, multitudinariamente, única manera de que siempre haya muchos pares de ojos presentes, aunque no siempre sean los mismos necesariamente. Este orden se compone de movimiento y cambio; y aunque estamos hablando de vida, y no de arte, podemos quizá, un poco caprichosamente, hablar del arte de formar una ciudad y compararlo con la danza. Pero, no una danza de precisión y uniforme en la que todo el mundo levante la pierna al mismo tiempo, gire al unísono y haga la reverencia *en masa*, sino a la manera de un enredado ballet en el cual cada uno de los bailarines y los conjuntos manifiestan claramente sus elementos distintivos, que, como milagrosamente, se dan vigor y densidad mutuamente, componiendo entre todos un conjunto armónico y ordenado. El ballet de las aceras de una ciudad nunca se repite a sí mismo en ningún lugar, es decir, no repite la representación como en una gira; incluso en un mismo y único lugar, la representación está llena de improvisaciones.

El tramo de Hudson Street donde yo vivo es diariamente escenario del ballet de las aceras más inextricable. Yo hago mi personal entrada en el mismo un poco después de las ocho, cuando saco el cubo de la basura aseguro que me divierto lo mío, y cuido la parte que me toca en la representación general, como hacen también los estudiantes de los primeros cursos del insti-

tuto caminando en bandadas por el centro del tablado tirando los envoltorios de los dulces al suelo. (¿Cómo es posible que sean capaces de comer tantos dulces a estas horas de la mañana?)

Mientras barro los envoltorios que han dejado tras de sí los mozaibetes, observo las restantes ceremonias rituales de por la mañana: el Sr. Halpert desatando del enganche que tiene en la puerta del sótano un carrito de mano para la ropa; el yerno de Joe Cornacchia apilando las canastas vacías de dulces y golosinas; el barbero sacando a la acera su silla plegable, el Sr. Goldstein colocando los rollos de alambre y dando a entender que su ferretería está abierta; la esposa del encargado del inmueble dejando a la entrada de su casa su pequeño de tres años, que por cierto está rechoncho, con una mandolina de juguete (esto tiene la suplementaria ventaja de que el crío oye a todas horas inglés, que su madre no sabe todavía hablar). A continuación entran en escena los niños de la escuela primaria, camino unos de la calle St. Luke, Sur, o hacia St. Verónica, Oeste, otros de paso para P. S. 41, al Este. Por los laterales aparecen nuevos personajes: mujeres bien vestidas, algunas hasta elegantes, y hombres con carteras de mano que salen de sus respectivos portales o de las bocacalles laterales. Casi todos ellos van a coger el autobús o el metro, pero algunos que han aparecido milagrosamente en el momento oportuno (los taxis intervienen ampliamente en las ceremonias rituales de la mañana: traen al distrito comercial y financiero del centro de la ciudad vecinos de las afueras y a estas horas llevan vecinos del centro hacia las afueras). Simultáneamente, numerosas mujeres con vestidos de casa acaban de salir de sus viviendas y al cruzarse hacen una pequeña pausa para charlar un momento, a grandes y alegres voces o con mutua indignación, nunca en tonos medios.

Es justamente el momento en que yo salgo para ir al trabajo también intercambio los saludos de rigor con el Sr. Lofaro, el bajito y rechoncho frutero que siempre lleva un delantal blanco, plantado a la puerta de su tienda un poco más arriba, con los brazos cruzados y un aspecto sólido como una roca. Intercambiamos, como digo, una inclinación de cabeza; los dos miramos calle arriba y calle abajo, nos volvemos a mirar y sonreímos. Hemos venido haciendo lo mismo muchas mañanas durante más de diez años y ambos sabemos lo que significa: todo está en orden.

Rara vez veo la parte del ballet de mediodía, porque muchos de sus actores, como yo, trabajamos en otros lugares representando papeles de desconocidos en otras aceras. Pero, con el tiempo, he aprendido del mismo lo suficiente como para saber que a esas horas la danza se hace cada vez más compleja. Por ejemplo, los estivadores que no trabajan ese día se reúnen en

el White Horse, en el Ideal o en el International, beben cerveza y charlan. Los ejecutivos y otros empleados de las industrias instaladas en la parte Oeste se abalanzan sobre el restaurante D'Gene y la cafetería Lion's Head; los empleados del mercado de carne y los técnicos de telégrafos y teléfonos llenan por completo el comedor que ha instalado por aquí una panadería. Y aparecen apareciendo otros personajes del ballet, extravagantes ancianos con cordones de zapato en los hombros, motoristas con grandes barbas y muchachas que brincan del asiento de atrás, con sus largas cabelleras por delante de la cara, o por detrás, que de todo hay, borrachos que siguen religiosamente los consejos de la Sociedad protectora de animales, por lo cual no comen, sino que beben. El Sr. Lacey, el zapatero, echa el cierre de su tienda por un rato y se va a cambiar impresiones sobre el tiempo con el Sr. Slube, en el estanco. El Sr. Koochagian, el sastre, riega a las horas la exuberante jungla de plantas de su ventana, los da una ojeada crítica desde la calle, acepta los cumplidos que le regalan los transeúntes a propósito de las mismas, acaricia las hojas del árbol que hay frente a nuestra casa como si tasara su valor, y cruza la calle en dirección al Ideal, donde toma un poco mientras vigila la arribada de posibles clientes (en caso de un alternativo, les indica con gestos que esperen, que ya va). Salen entonces los cochecitos de los niños; toda una caterva de personajes, desde chiquitajos lactantes con sus muñecos hasta adolescentes con sus deberes se reúne entonces a la entrada de las

cuando vuelvo a casa después de trabajar, el ballet va incesantemente. Es la hora de los patinadores, los zancos y triciclos, toda clase de juegos en los pequeños prados o patios frente a la entrada de las casas, peonzas, cowboys de plástico, etc. Es la hora de los paquetes, los envoltorios de todas clases, de las venidas de la droguería a la frutería, pasando rápidamente a la carnicería; es la hora en que los adolescentes, vestidos de blanco, preguntan si el cuello está bien puesto o qué tal queda la chaqueta o el jersey; es la hora en que salen las chupapas del dominio de la madre; es la hora en que pasan los chicos ¡ah! se me olvidaba decirles que a esta hora pueden encontrar por la calle a todos los vecinos.

Cuando oscurece y el Sr. Halpert ata de nuevo su carrito a la puerta, el ballet prosigue bajo la luz de los focos, eliminándose o dispersándose, pero cada vez con mayor densidad de personajes en la escena, iluminada por los focos del restaurante de pizza de Joe, los bares, la tienda de golosinas, el restaurante y la droguería. Los trabajadores de turnos de noche se detienen un momento en la confitería para comprar salami y una botella de leche y su ballet no han terminado, aún, su función. Pero el ballet cuando es noche cerrada, y sus partes,

porque a veces me despierto mucho después de media noche para atender y velar a alguno de mis hijos, me siento en la oscuridad y contemplo las sombras y escucho los ruidos de la acera. Las más de las veces los sonidos son un murmullo o retazos de conversación; sobre las tres de la mañana alguien canta a veces, y muy bien por cierto. Algunas veces se oyen barbaridades, palabras brutales, y rabiosas o tristes lamentaciones, lágrimas también o alguien buscando las cuentas de un collar roto. Cierta noche un hombre se puso a gritar desahogado, demostrando terriblemente contra dos muchachas que al parecer había recogido y le disgustaban. Se abrieron varias puertas, se formó a su alrededor un semicírculo atento, no demasiado cerrado, hasta que vino la policía. Muchas cabezas asomaron a las ventanas de Hudson Street, confiándose opiniones: «Borracho...», «desequilibrado...». Algún mal sujeto de los barrios residenciales de las afueras.»*

Es imposible decir cuanta gente anda por la calle a altas horas de la madrugada, a menos que algo concreto los congregue, como por ejemplo la gaita. Sí, sí, la gaita. No tengo la menor idea de quién era el gaitero ni por qué escogió nuestra calle. Lo cierto es que una noche de febrero se empezó a oír una gaita, y, como si fuera una señal, los diversos seres que poblaban la calle comenzaron a moverse hacia donde sonaba la música. Al poco, casi sin que nos diéramos cuenta, apaciblemente, casi mágicamente, se congregó allí una pequeña multitud, una multitud que se desplegó en círculo para dejar sitio a unas cuantas personas que habían empezado a bailar un *fling*** de las montañas de Escocia. El grupo que era perfectamente visible en la penumbra de la acera, los bailarines también, pero al gaitero casi ni se le notaba y todo su genio parecía residir en su música. Era un hombrecillo con un abrigo oscuro muy modesto. Cuando acabó de tocar y desapareció, los bailarines y espectadores aplaudieron; también hubo aplausos en los balcones, unas cincuenta ventanas de Hudson Street. Luego, las ventanas se cerraron y el pequeño grupo de la calle se disolvió en la noche evolucionando en una serie de movimientos inextricables.

Los desconocidos y extraños de Hudson Street, esos aliados cuyos ojos nos ayudan, a los nativos, a mantener la paz en la calle, son tantos que parece como si nunca fueran los mismos. Pero, esto no importa. Tampoco sé positivamente si son siempre personas diferentes, como así me lo parece. Lo cierto es que «están». Cuando Jimmy Rogan tuvo la desgracia de caer desde una ventana (intentaba separar a unos amigos que estaban riendo) a la calle, un desconocido vistiendo una camiseta de manga corta,

* En efecto, resultó ser un mal sujeto de los barrios residenciales de las afueras. Los de Hudson Street estamos tentados a veces de creer que los ensanches residenciales han de ser un lugar difícil para educar a los niños.

** Baile rápido escocés.

del bar Ideal y le aplicó con habilidad y delicadeza un torquete en el brazo fastimado; según los médicos del hospital, salvó la vida de Jimmy. Nadie había visto a aquel hombre y ni nadie lo volvió a ver después. ¿Cómo se avisó al hospital? Una mujer sentada en las escaleras próximas al accidente corrió hacia la parada del autobús y, sin decir una palabra, precipitó sobre un señor que esperaba allí con sus quinientavos preparados para pagar su billete y le arrebató el (moneda de diez centavos); después echó a correr hacia una telefónica; el señor salió tras ella para ofrecerle también un nickel (moneda de cinco centavos). Nadie le conocía de tanto tiempo que tampoco se le ha visto después por allí. Cuando alguien desconocido más de tres veces empieza a saludarle con la mano. Es casi como si se hubiera establecido con él una relación pública por supuesto.

En Hudson Street, lo mismo que en el North End de Boston o en cualquier otra animada vecindad de una gran capital, ninguno de los vecinos somos más competentes por nacimiento para mantener la seguridad en nuestras aceras que todas esas personas que intentan sobrevivir en medio de las hostiles treugas y barf propias de las ciudades, barriadas y calles ciegas. Son los afortunados propietarios de un orden urbano que nos permite relativamente fácil mantener la paz, porque tenemos a nuestra disposición una gran abundancia de ojos en la calle. Pero no quiere decir que el orden como tal sea algo simple; sus elementos o componentes son complejísimo. De una u otra manera la mayoría de esos componentes son elementos especializados: uno u otro cometido. Presentan una unidad sintética cuyo eje es el orden y la animación de las aceras a un tiempo, un eje que es absolutamente general y global, no especializado. En esto reside su fuerza.

II. Usos de las aceras: comunicación y contacto

Los reformadores han observado desde hace tiempo las gentes de una ciudad deambulando por esquinas concurridas, merodeando por los alrededores de las pastelerías y confiterías, también los bares, trasgando soda en los porches o terrazas de los mismos; a la vista de todos estos prodigios del comportamiento humano han emitido un juicio, cuyo meollo consiste en lo siguiente: «¡Esto es deplorable! Si estas personas tuvieran hogares decentes y un espacio de jardín o patio privado junto o alrededor de su casa, no estarían en la calle.»

Este juicio supone que no se ha entendido absolutamente nada de lo que es una ciudad. Es lo mismo que decir en un banquete conmemorativo de cualquier acontecimiento (o de ninguno, que el motivo es lo de menos en esos banquetes) celebrado en un hotel: «Si todas estas personas tuviesen esposas que supieran cocinar, darían los platos en sus casas.»

Lo común en el banquete conmemorativo y en la vida social de las aceras de una aglomeración urbana es, perfectamente, que son un acto público. Consiguen reunir a una serie de personas que no se conocen unas a otras en la intimidad, en la vida social privada; en la mayoría de los casos, nadie se preocupaba de conocerse de esta última manera.

En una gran capital a nadie se le ocurre tener «la casa abierta». A nadie se le ocurre y nadie quiere hacerlo. Empero, si todos los contactos interesantes, útiles y significantes entre las personas se redujeran a ese tipo de relación, deseable solo en la vida privada, las ciudades acabarían totalmente embrutecidas. Las ciudades están llenas de gentes con las que, desde el punto de vista de ustedes, del mío o del de cualquiera, es deseable establecer un contacto útil y agradable y en un determinado grado; esto no quiere decir que se desee intimar con ellas. Y tampoco esas gentes quieren o desean intimar con nosotros o con ustedes.

Al hablar de la seguridad en las aceras de una ciudad, dije que era altamente conveniente, incluso necesario, que detrás de cada par de ojos presentes hubiera una convicción casi inconsciente de prestar sostén y apoyo a la calle cuando se presenta una ocasión para ello: es decir, cuando un ciudadano ha de escoger, por ejemplo, si se responsabiliza o abdica en el momento de combatir un caso concreto de barbarie o de proteger a los desconocidos. A la base de esta convicción hay lo que llamaremos «confianza». La confianza que eventualmente pueda ofrecer una

se compone de muchos y muy ligeros contactos, establecidos en sus aceras. Surgen de las personas que se paran en un rincón a beber una cerveza, charlan con los tenderos o el quiosco de la esquina, confrontan opiniones con los otros clientes de la panadería y saludan de viva voz a los dos mozaletes que están sentados a la puerta del jardincillo de su casa. Vigilan el grupo de las niñas que esperan la hora de almorzar o cenar, monjean a los niños en general, cambian impresiones con el vecino sobre las perspectivas de un nuevo empleo y compran el préstamo en la ferretería por valor de un dólar, contemplan al bebé recién nacido de los vecinos de la esquina, se alivian o compadecen por la manera de aventajarse en la chaqueta comprada el mes pasado. Las costumbres de las aceras en algunas vecindades la gente compara los gastos del alquiler con otros los alquileres de sus casas.

La mayoría de todos estos movimientos y actividades —compartidos— son ostensiblemente triviales, pero su suma no lo es. La suma de todos estos casuales, triviales y públicos contactos a un nivel local —repito—, la mayoría de ellos fortuitos, hechos de una u otra manera con los mil y un recados que se intercambian de un lugar efectúan al cabo del día, contactos que se producen espontáneos entre personas que coinciden en una relación casual, y no por afectación o forzosamente —da como resultado un sentimiento de identidad pública entre las personas, un tejido de respeto mutuo (público) y de confianza, una garantía de asistencia mutua para el caso en que alguien la necesite, la vecindad en general o un vecino en particular. La ausencia de esta confianza es un verdadero desastre. Las calles de una aglomeración urbana de cualquier tipo, donde no puede cultivarse esta confianza no puede instituirse una garantía de tipo privado.

La falta de todo lo anterior, la existencia de una gran diferencia en la confianza pública y casual; por ejemplo, lo que ocurría en una misma calle, una de cuyas dos aceras tenía esta confianza y la otra no: una ancha calle en el East Harlem habitada por vecinos de la misma raza y del mismo nivel social. En la parte de la ciudad que pertenece al sector viejo de la ciudad, totalmente llena de edificios públicos y con su acera siempre concurrida en los días de los domingos, los niños jugaban perfectamente en la acera. Al otro lado de la calle, los niños tenían a su disposición además del correspondiente terreno de juego propio de las viviendas proyectadas por urbanistas ortodoxos, un terreno de riesgo para caso de incendio que manejaban concien-

zadamente lanzando chorros de agua contra las ventanas de las casas o contra los transeúntes que, ignorando por donde transitaban, se aventuraban por aquella parte de la calle, y también contra coches aparcados en las inmediaciones. Nadie se atrevía, a nadie se le ocurría interrumpir con firmeza estos juegos. Los niños de la acera de la parte vieja, no sólo estaban vigilados para su protección, sino también para evitar que se ensañaran con las personas y cosas próximas. Los niños del grupo nuevo eran niños anónimos, nadie sabía a quién pertenecían. ¿Quién se atrevería a regañarlos o a interrumpir sus hazañas? Vaya uno a saber, quién aparecería en aquel *Turf* ciego. Nadie podía descartar la posibilidad de salir trasquilado del intento. Mejor era lavarse las manos y alejarse del lugar. Las calles impersonales «fabrican» un tipo de gente anónima; no se trata aquí de calidades estéticas ni de efectos emocionales místicos en lo que a la arquitectura se refiere. Se trata del tipo de aceras reales y tangibles que tienen esas calles, y, por consiguiente, de la manera como la gente las utiliza en la vida cotidiana.

La vida pública y casual de una acera está en estrecha relación con otros tipos de vida pública, de los que mencionaré uno solo a título ilustrativo, aunque su variedad es infinita.

Los urbanistas —y también algunos trabajadores sociales— suponen que las asociaciones urbanas con carácter formal en las barriadas y municipios pequeños dentro de las grandes capitales surgen y se desarrollan directamente y en función del sentido común y al margen de que haya o no perspectivas de reunión para las personas, lugares de reunión al exterior o en el interior de un inmueble, al margen también de que existan problemas de obvio interés público. Es posible que en las barriadas periféricas residenciales o en los pueblos grandes o ciudades pequeñas sea así. Pero no lo es, desde luego, en las grandes capitales.

Para que en las capitales surjan formas de organización o estructuras básicas de convivencia pública es necesario que por debajo de ellas se desarrolle una intensa vida de carácter informal que sirva como de mediación entre los grados de organización más formales y la vida privada e íntima de la gente residente en una determinada área, zona o distrito. Podemos hacernos una idea de lo que sucede en la realidad si contrastamos, de nuevo, una área urbana con aceras animadas y concurridas y una área urbana que carezca de éstas (reproduciremos las observaciones hechas a este respecto por un investigador social y publicadas en un informe relativo a los problemas de las escuelas públicas en un sector de la Ciudad de Nueva York:

«Preguntamos al Sr. W. —director de una escuela elemental— por los efectos que ha tenido sobre la escuela la construcción de

... Houses y la desaparición de la vieja comunidad que rodea la escuela. Dijo que los efectos habían sido muchos y la mayoría de ellos negativos. Se refirió en seguida a que el nuevo tipo de viviendas había destruido completamente numerosas instituciones de encuadramiento social que existían antes. La atmósfera que ahora se respira en estas nuevas viviendas es radicalmente diferente de la alegría que animaba las calles de la barriada que se construyeron estos pisos. Dijo también que, en general, había menos gente en la calle porque había menos lugares o sitios donde reunirse. Añadió que antes de que se construyeran los nuevos bloques de viviendas la Asociación de Padres era una organización muy sólida, pero que ahora tenía pocos miembros activos.

El Sr. W. se equivocaba sólo en una cosa. En efecto, si consideramos los lugares proyectados por los urbanistas para servir al fin de reunión de los vecinos (proyectados deliberadamente para este fin, por supuesto), entonces tendremos que no había lugares de reunión que antes. Por supuesto, ya no había tiendas de caramelos y dulces, *bodegas hole-in-the-wall* * ni restaurantes. Pero sí había unas modestas instalaciones para el ejercicio de las artes, juegos, bancos, alamedas, etcétera, eficientes para regocijar el corazón del más empedernido y ferviente partidario de la Ciudad Jardín.

¿Cómo es posible que en lugares semejantes, en los que se han efectuado esfuerzos enormes y gastos inmensos para seducir a los moradores y usuarios, estén muertos e inutilizados? ¿Es posible que ocurra esto cuando, precisamente, se proyecta para encuadrar y controlar vigorosamente a esos moradores o usuarios? ¿Qué servicios prestan esas aceras públicas y sus establecimientos que no son, evidentemente, capaces de satisfacer los lugares de reunión planeados y proyectados con ese fin? ¿Cómo se las arregla una acera con animada y pública para sostener encima una vida pública formal más pública y organizada?

Comprender todos estos problemas —es decir, para comprender las diferencias existentes entre beberse una limonada en el portal de casa o en el patio de entrada, para comprender la gran diferencia entre charlar con el tendero o el vecino y charlar con la vecina de la puerta de enfrente (del mismo plano, se entiende) y hasta con la dama visitadora social, probablemente opera de acuerdo con el administrador—,

* En el texto inglés. *Hole-in-the-wall* significa, literalmente, agujero en la pared. En España existen también muchas tabernas o mostradores de este tipo.

para comprender, insisto, todo esto habremos de averiguar primero en qué consiste la intimidad urbana.

La intimidad es algo precioso en una capital. Es indispensable. Es posible que sea preciosa e indispensable en todas partes pero en muchos lugares no puede conseguirse. En las aglomeraciones pequeñas todo el mundo conoce los asuntos y problemas de los demás. Esto no ocurre en una capital o en una población amplia (sólo los conocerán aquellos que queramos que los sepan). Este es uno de los tesoros o atributos propios de las ciudades grandes o relativamente grandes, es algo muy valioso para la mayoría de sus moradores, ricos o humildes, blancos o de color, viejos vecinos o nuevos; es uno de los elementos de la vida en una gran ciudad más queridos y más celosamente guardados por sus habitantes.

La literatura urbanística y arquitectónica trata el problema de la intimidad en términos de ventanas, panorámicas trayectorias visuales. La idea que está a la base de esta actitud es la de que la intimidad sólo podrá conservarse si nadie puede penetrar con su mirada en el interior de la vivienda particular. Esto es una simplificación. Conseguir la ventana íntima es lo más fácil del mundo. No hay más que echar los visillos o cerrar las persianas. Sin embargo la posibilidad particular de que nadie salvo los que uno quiere conozcan los asuntos personales propios y la posibilidad particular de ejercer un razonable control sobre las personas que hacen incursiones en la vida privada de uno, son dos posibilidades o dos artículos realmente escasos para la mayoría de las personas de este mundo; lo único evidente es que la orientación y disposición de las ventanas no tiene absolutamente nada que ver con este problema.

En *Up from Puerto Rico*, la antropóloga Elena Padilla nos describe la vida de los portorriqueños en un miserable barrio de Nueva York; nos refiere todo lo que los vecinos saben unos de otros —lo que puede confiarse a los demás, lo que no puede confiarse, quién anda al borde de la legalidad, quién la guarda, quiénes son competentes y están bien informados, quiénes son ignorantes e incapaces— y cómo lo consiguen saber a través de la vida pública en las aceras y en los establecimientos de éstas. Todos son asuntos o temas de carácter público. Elena Padilla nos dice igualmente qué asuntos se mantienen celosamente guardados o cuidadosamente compartidos; habla del cuidado con que se seleccionan las personas invitadas a tomar un café en la cocina, el muy limitado número de íntimos, es decir, de individuos con acceso al conocimiento de los problemas personales de las familias. Según Padilla, en este barrio es considerada persona indigna aquella que husmea en los asuntos privados de los demás, o la que cotillea a espaldas de los mentados. Es como violar los derechos y la intimidad de los demás. En este sentido, las gen-

res que nos describe sorsencialmente iguales a las que viven en mi calle, procedentes muchos países y perfectamente americanizadas; son también esencialmente iguales a esas personas que viven en apartamento de alquiler muy alto o en casas residenciales de una ciudad queña.

Una vecindad en armía es aquella que ha conseguido establecer un equilibrio en la determinación de sus moradores de conservar celosamente intimidad y su simultáneo deseo de establecer diversos grados de contacto, esparcimiento y ayuda entre los vecinos de las intinaciones. Este equilibrio se compone principalmente de infinidad de pequeños detalles administrados con sumo cuidado y sensibilidad, practicados y aceptados como casualidad, de manera que todo el mundo pueda tomarlos como ofrecimiento espontáneo.

Quizá se explique más mejor este sutil e indispensable equilibrio ilustrándolo con ejemplo muy corriente: la confitería, extendidísima en Nueva York, de dejar las llaves del negocio en una tienda por si tienen amigos de visita. En nuestra ciudad, por ejemplo, cuando un amigo precisa utilizar la casa de nosotros estamosos fin de semana, o en caso de que no podamos ir fuera todo el día, dejamos a este amigo que puede regresar la llave en la confite de enfrente. El dueño de la tienda, Cornacchia, tiene más veces media docena de llaves, en el mismo tiempo. Tiene también un cajón especial donde las guarda.

Por qué hemos escogi todos nosotros a Joe como custodio de nuestras llaves? Porque tenemos confianza en él, en primer lugar, en tanto que custodio de las llaves, pero también porque sabemos que combina a mucho acierto sus buenos sentimientos con una actitud de hacerse personalmente responsable de nuestros asuntos propios. Joe considera que no le incumbe absoluto la cuestión a qué personas dejamos o no la llave por qué.

La vuelta de la esquina la gente deja las llaves en la tienda de los ultramarinos de un sañol. Los que viven en la calle a lo largo de la nuestra las dejan también en una confitería. Los que un poco más arriba han escogido el dueño de la tienda, y los de la esquina esa manzana una barbería. Más allá, en la esquina de los modernos bloques de chalecitos, en una carnicería en la librería; en otra esquina, en la droguería o en la drogue. En el viejo East Harlem los vecinos a su disposición para este servicio, cordial y gratuito, de floristerías, parerías, comedores e innumerables otros comestibles de itanos y españoles.

Cuando ahora el temiendo lo habíamos dejado, podemos decir que lo importante es la clase de servicio que los es-

tablecimientos y tiendas prestan, sino la clase, es decir, el calibre humano de su propietario.

Es absolutamente imposible formalizar estos servicios. Identificaciones, preguntas, seguridades para evitar errores... Si a alguien se le ocurriera institucionalizarlos, se traspasaría la línea entre el servicio público y la intimidad. Nadie en sus cabales dejaría su llave en un sitio semejante. El servicio ha de prestarse como un favor, y quien lo presta ha de ser una persona con una sólida comprensión de la diferencia existente entre las llaves de una familia y la vida privada de esa misma familia; de lo contrario, no podrá prestarlo en absoluto.

Un ejemplo muy ilustrativo es la línea trazada por el Sr. Jaffe en la confitería cercana a nuestra esquina; una línea tan perfectamente comprendida por sus clientes y otros tenderos que pueden pasarse toda la vida delante de ella sin verla y sin reflexionar conscientemente de que está ahí. Una mañana de un día cualquiera del pasado invierno, el Sr. Jaffe —cuyo nombre comercial formal es Bernie— y su esposa —cuyo nombre comercial formal es Ann— observaron atentamente a unos cuantos niños pequeños cruzar la esquina en dirección a P. S. 41, cosa que Bernie hace siempre porque sabe que es necesario; dejó servicialmente un paraguas a una cliente y prestó un dólar a otra; se hizo cargo de la custodia de dos llaves; guardó unos paquetes para entregárselos cuando vinieran a unos vecinos de unas casas cercanas que estaban de viaje; sermonó a dos mozaletes que le pedían cigarrillos; dio varias direcciones de calles; se encargó de llevar al relojero de la esquina, cuando abriese, un reloj averiado; informó a unos desconocidos sobre el importe de los alquileres de los departamentos de la vecindad; escuchó pacientemente una historia de dificultades domésticas y tranquilizó a la persona afectada; advirtió a dos pilletes que no les atendería si no se comportaban correctamente, definiéndoles en qué consiste un buen comportamiento; proporcionó media docena de veces, casualmente, su tienda como lugar de reunión de clientes que se enredaban inmediatamente en una conversación; separó a un lado varios periódicos y revistas para otros clientes que regresaban tarde a casa; advirtió a una señora que venía a comprar un regalo de cumpleaños que no comprara un determinado modelo de barca de juguete porque ya lo había adquirido otra señora cuyo hijo también iba a asistir a la misma fiesta; consiguió un ejemplar del periódico del día anterior del sobrante no vendido en el quiosco de la esquina (esto era para mí).

Considerando esta muchedumbre de servicios extracomerciales, pregunté a Bernie: «¿Presenta sus clientes unos a otros?»

Pareció sorprendido y hasta asustado ante la eventualidad. «No —dijo pensativamente. Eso no sería nada aconsejable. Algunas veces, ocurre que vienen dos clientes interesados en las

...cosas o problemas; entonces saco a colación el tema de que sean ellos los que decidan si les interesa o no proseguir la conversación. Pero, presentarlos, no, ni hablar.»

Cuando referí esto a un conocido que vive en un barrio residencial de las afueras, se le ocurrió decir que el Sr. Jaffe no hacía presentaciones porque era consciente de que, de hacerlo, se iba a un nivel social que no le correspondía. En absoluto. Los señores de nuestra vecindad, como los Jaffes, gozan de un alto *status* social, como hombres de negocios. Por lo que se refieren a ingresos, pueden parangonarse holgadamente con la mayoría de sus clientes; y si hablamos de independencia, están mucho mejor que el resto de los vecinos. Todo el mundo busca su independencia y les respeta, porque son hombres y mujeres de sentido común y mucha experiencia. Individualmente se les conoce a la perfección; insisto, en tanto que individuos, no como desconocidos. Los representantes de la clase comerciante. Nuestras relaciones se apoyan en esa línea bien delimitada, equilibrada y alimentada por todos casi inconscientemente, entre el mundo urbano y el mundo de la intimidad.

Es posible mantener esta línea sin mengua para nadie en una de la gran cantidad de oportunidades para un contacto directo en los establecimientos de las aceras o en las aceras mismas; la gente tiene a su disposición estas oportunidades cuando va de un sitio a otro o cuando pasea deliberadamente en busca de este contacto; y también en razón de la presencia de muchos huéspedes públicos, si se me permite la expresión de lugares de reunión, como el de Bernie, donde cualquiera es libre de entrar o salir sin vínculos institucionales que lo atengan.

En este sistema es posible llegar a conocer a todas las personas de una vecindad sin necesidad de establecer relaciones formales o de soportar las ocurrencias de pelmas y majas de todas clases; en este sistema es posible también ahorrar excusas, explicaciones, inhibiciones, miedo a ofender, situaciones embarazosas, compromisos forzados, imposiciones molestas y esa plétora de obligaciones que suelen acompañar unas relaciones imprudentes. En este sistema cabe la posibilidad de buenas con personas muy diferentes; e incluso, con el fin de conseguir relaciones familiares-públicas con ellas. Este sistema puede, efectivamente, durar muchos años, de hecho, inclusive; en ningún caso hubieran prosperado, ni siquiera hubieran surgido, de no haber existido esa línea divisoria a la que nos hemos referido. Podemos decir que se forman relaciones porque están como «de paso» en los itinerarios normales de la gente.

«Estar juntos» es una expresión nauseabunda. Para el viejo

ideal de una no menos vieja teoría urbanística. Este ideal consiste en que si las personas se ven precisadas a compartir alguna cosa, pronto habrán de compartir muchas otras. En principio, el «estar juntos» parece constituir una fuente de recursos espirituales en las nuevas zonas residenciales periféricas, pero resulta destructivo en las ciudades. Ante la perspectiva de tener que compartir demasiadas cosas, las gentes de la ciudad prefieren marcharse.

Cuando una área de una ciudad carece de *vida de acera*, los vecinos de la misma tienen que dilatar sus vidas privadas si quieren conseguir un contacto con sus vecinos; han de instaurar una u otra forma de «estar juntos», que por cierto exigen compartir muchas más cosas que en la vida de las aceras, tantas, más cuanto menor sea el contacto que procure por sí mismo el tipo de «urbanización». Esta consecuencia es inevitable; sus resultados últimos son siempre decepcionantes.

En el caso de que el resultado sea una excesiva «participación», los individuos se vuelven meticulosos en demasía sobre la identidad de sus vecinos y sus cualidades o defectos. Y es que no puede ocurrir otra cosa. Una amiga mía, Penny Kostitsky, vive, sin saberlo ni quererlo, en este dilema (vive en una calle de Baltimore). En su calle casi todas las casas son chalets; experimentalmente, la han dotado de una encantadora acera-parque. La acera ha sido ensanchada y pavimentada con gusto, con lo cual se ha conseguido reducir el tráfico rodado por la calzada, se han plantado árboles y flores y, según parece, pronto llevarán una obra escultórica cómica. Todas estas ideas son espléndidas, indudablemente.

Sin embargo, no hay tiendas. Las madres que viven en las inmediaciones y llevan sus pequeños a ese lugar o que van ellas mismas para efectuar contactos con otras personas, por fuerza entran en las casas de los conocidos que viven en esta calle para recobrar un poco del frío en invierno, llamar por teléfono o llevar sus niños al cuarto de baño en los casos de emergencia. Sus huéspedes les ofrecen café, pues por allí no hay ningún sitio público donde se pueda beber un taza de café; y, como era de esperar, se ha desarrollado una considerable vida social de esta clase. Comparten muchas cosas.

La señora Kostitsky, que vive en una de estas casas y tiene dos niños, ha quedado atrapada en lo más espeso de esta estrecha y accidental vida social. «Ya no tengo las ventajas de la vida en la capital», dice, «pero tampoco he conseguido las ventajas de la vida en el ensanche residencial.» La situación llega a un punto realmente incómodo cuando madres de diferente nivel de ingresos, raza o educación coinciden en llevar sus niños al parque de la calle. Se observa entonces la ruptura de las personas y de las comunidades, desterradas unas de otras por barre-

atraqueats. Dificilmente se aclimatan a la pseudores-
ta participación de la vida privada que se ha desarrollado en
nuevo falta de la vida de acera normal. Intencionada-
el parque carece de bancos; porque, claro, de haberlos
como una invitación al «estar juntos» de unas gentes que
no toleran en un mismo lugar.

«Si tuviéramos aunque sólo fueran dos tiendas», se
lela señor Kostitsky. «Si hubiera por lo menos una tien-
da estable una droguería, o un snack. En este caso, las
teléfonos, calentarse un poco en invierno y las reu-
nirían herse de manera natural, en público, y entonces
se contaría con más discreción y decencia unos con
los que todo el mundo tendría una razón para estar aquí.»
«Las cosas que suceden en esta acera-parque sin
ciudadana y pública suceden también a menudo en colonias
de vida para clases medias, como por ejemplo en
Village, Tisbury, un célebre modelo de urbanización
en Ciudad Jón.

Chatham Village, las casas están agrupadas en colonias
con patios verdes y patios de recreo interiores; la
acción globalmente, está equipada con muchos otros ser-
vicios destinados a una «participación (comunicación) cerrada»,
de veros en los que se celebran fiestas, reuniones,
también hay actividades propias para las señoras,
de bridgeesiones de costura, bailes y guateques para
No hay ningún tipo de vida «pública» en esta urban-
que hayon diversos tipos de *vida privada ampliada*.
Chatham Village como vecindad «modelo» donde
todas las cosas ha requerido principalmente que
fuesen y semejantes unos y otros en sus niveles
intereses educación. Por lo general, pertenecen a la
profesional. También ha sido preciso que estos veci-
nos la iniciativa de distanciarse, ellos y sus familias, de
y sus familias que viven en los barrios de los alrededores
en el de vida, educación e intereses; estos úl-
por lo general, miembros de las clases medias tam-
de una se media baja; demasiada diferencia para
la camada que tolera la estructura vecinal de Cha-

estable insaridad (y homogeneidad) de Chatham Vi-
consecuencias prácticas importantes. A título ilustra-
toremos el instituto de enseñanza media elemental

En una de las viviendas residen: cuatro abogados, dos médicos,
un dentista, comerciante, un banquero, un director de ferrocarriles
y una gran empresa.

de la zona, que tiene sus problemas, cosa por lo demás normal
en todos los centros de enseñanza. Chatham Village es lo sufi-
cientemente grande y rico como para resolver a satisfacción los
problemas del instituto al que asisten sus hijos. No obstante,
estos problemas son realmente complejos y los moradores de
Chatham Village tienen que buscar la cooperación de otras per-
sonas residentes en vecindades muy diferentes. Resulta entonces
que no existen estructuras de relación pública, no hay base para
una confianza pública, mutua y «causal», no se producen las ne-
cesarias interconexiones humanas, no hay la menor práctica o
experiencia en las técnicas más comunes de vida ciudadana pú-
blica; ni siquiera en sus niveles más íntimos. Sintiendo desam-
parados, y efectivamente así es como están, algunas familias de
Chatham Village se trasladan a otros barrios cuando sus hijos
llegan a la edad de la enseñanza secundaria elemental; otros se
ven precisados a mandarlos a centros de enseñanza privados.

Es una evidente ironía que vecindades-islas, como Chatham
Village sean favoritas de la urbanística ortodoxa, promovidas y
estimuladas en base, concretamente, a que las ciudades necesiten
los talentos y la estabilizadora influencia de las clases medias.
Pero, tal y como las conciben actualmente, parece como si esas
cualidades hubieran de filtrarse al resto de la ciudad por ósmo-
sis.

La gente que, llegado el caso, no se siente a gusto en estas
colonias se marcha; al mismo tiempo, resulta complicadísimo
saber quiénes de los que se quedan se encontrarán a gusto inde-
finidamente. Comparando las similitudes básicas de sus niveles
de vida, escalas de valores e instrucción, un asentamiento defi-
nitivo parece requerir, en principio, una formidable dosis de to-
lerancia y tacto. En última instancia, si la homogeneidad de clase,
instrucción e intereses es tan completa, no vemos muchas posibili-
dades a la supervivencia de este barrio de clase media; en cuan-
to empiecen a desfilar unos cuantos vecinos, los demás deberían
en principio seguirles los pasos paulatinamente.

De todas formas, las urbanizaciones residenciales cuyos sis-
temas de contacto entre vecinos dependan de este tipo de par-
ticipación personal, y que lo cultiven, pueden llegar a desarrollarse
socialmente bien, aunque siempre dentro de unos marcos
más bien estrechos, sólo en el caso de que sus habitantes per-
tenezcan a la clase media alta. Es una solución, relativa por su-
puesto, de los problemas más triviales y fáciles de un sector de
población no menos trivial y fácil. En la medida en que he po-
dido verificar esta solución en otras latitudes, he comprobado
que este tipo de participación es inviable cuando se trata de
cualquiera otra capa de población.

En las capitales —donde las gentes se enfrentan con la alter-
nativa de compartir muchas cosas o ninguna— lo corriente es

de esa solución no dé ningún resultado. En las áreas urbanas carecen de una vida de una vida pública natural y casual normal que los vecinos se aislen unos de otros hasta extremos fantásticos y risibles. Cuando un simple contacto con los vecinos basta para amenazar la inviolabilidad de las vidas privadas íntimas, la propia y la de los demás, y cuando, individualmente, las personas no saben comportarse con la prudencia que es característica de la clase media alta, entonces la solución lógica es evitar a toda costa los buenos sentimientos y los ofrecimientos de ayuda de los otros. Lo mejor entonces es mantenerse a una distancia grande. En la práctica, el resultado es que las actividades de carácter público —como vigilar los movimientos de los niños y adolescentes o aquellas otras para las cuales se necesita un «estar junto» (incluso en las que los límites propuestos son muy limitados) quedan sin hacer, balanceando abismos que este comportamiento social abre pueden ser de dimensiones increíbles.

Por ejemplo, en un grupo de viviendas de la Ciudad de Nueva York, proyectado —como todas las urbanizaciones residenciales ortodoxas— para compartir muchas cosas o ninguna, la mujer con unos arreos realmente asombrosos se enorgullecía de haber conseguido relacionarse, mediante un esfuerzo físico y deliberado, con las madres de todas y cada una de las noventa familias de su inmueble. Las iba a ver, las asestaba la puerta de sus pisos o en el portal. Charlaba por todas las articulaciones cuando lograba sentarlas en un banco. Pero es que necesariamente debía haber una relación de causa y efecto, pero sucedió que a un hijo suyo de ocho años le golpearon el día en el ascensor y lo dejaron abandonado durante dos horas, y esto a pesar de que gritaba y pateaba desesperadamente. Al día siguiente, la buena señora expresaba su preocupación a una de sus noventa conocidas. «Ah, pero era el hijo de la otra mujer. No sabía de quien era el chico. No sabía que se trataba del suyo le habría ayudado.» La mujer, que no se hubiera comportado de esta manera insensible en su vieja calle pública —a la que volvía cuando digámoslo de paso, en busca de vida pública— es un tipo típico de persona atemorizada ante la posibilidad de una relación que no pueda ser mantenida en un marco estrictamente público.

Se citan infinidad de casos de resistencia referidos todos en los que no queda otra alternativa que compartir o no compartir nada. Una trabajadora social del barrio, Ellen Lurie, redactó un detallado y exhaustivo informe sobre la vida en esta zona de casas de alquiler bajo. Veamos algunos párrafos:

«Es... muy importante reconocer que, por razones considerablemente complicadas, muchas personas adultas optan por rechazar todo tipo de relación de amistad con sus vecinos, o bien, si no resisten la necesidad de desarrollar alguna forma de vida social, prefieren limitarse estrictamente a relacionarse con uno o dos amigos, pero no más. Repetidas veces, las esposas me repetían la advertencia de sus maridos:

—No pienso hacerme demasiado amiga de nadie. Mi esposo no cree en esto.

—La gente es muy charlatana y te pueden ocasionar muchos quebraderos de cabeza.

—Es mejor que cada uno se ocupe de sus propios asuntos.

Una mujer vecina de estos inmuebles, la señora Abraham, sale siempre de casa por la puerta de atrás, pues no quiere encontrarse con los vecinos que, eventualmente, puedan estar en la parte delantera en el portal principal. Otro vecino, el Sr. Colan..., no permite a su mujer hacer amistad con ninguno de los inquilinos del inmueble, porque no se fía de ninguno de ellos. Tienen cuatro niños de edades comprendidas entre los ocho y los catorce años, pero no les está permitido bajar solos por la escalera; sus padres tienen miedo de que alguien pueda hacerles daño.* Lo que ocurre es que muchas de las familias que viven aquí levantan deliberadamente toda clase de barreras para garantizar su autoprotección. Para proteger a sus niños de la vecindad empiezan por desconfiar de ella, encerrándolos en el piso con siete llaves. Para protegerse a sí mismos, hacen pocas, muy pocas, amistades. Algunos temen que sus posibles amigos se enfaden un día o les cojan envidia y se vayan después con algún cuento al administrador, con las consiguientes molestias. Si al marido le sale algún negocio bien (del que no informará a nadie) y su mujer compra unas persianas nuevas, cabe la posibilidad de que las visitas las vean y se lo digan a la administración, la cual, entonces, investigará y les subirá el alquiler. La sospecha y el miedo a las complicaciones aplastan la necesidad de consejo o ayuda vecinales. Para todas estas familias, el sentido de la intimidad ha sido ya ampliamente violado. Los secretos más profundos, todas las intimidades de la familia, pasan entonces a conocimiento no sólo de la administración, sino a menudo de otros organismos públicos, como el Departamento del Bienestar. Para conservar los últimos restos de su intimidad, prefieren evitar una relación estrecha con los demás. Este mismo fenómeno podemos constatarlo, en un grado muy inferior, en viviendas no urbanizadas de los barrios bajos, en lo que es muchas veces necesario, aunque por otras razones, levantar estas formas de autoprotección. No obstante, es probablemente cierto que este retraimiento ante la socie-

* Esto es muy corriente en los inmuebles de apartamentos en Nueva York.

de las gente se da con muchísima más frecuencia y en grados superiores en las viviendas modernas, urbanizadas y proyectadas por los expertos en urbanismo. En Inglaterra se han podido estudiar sobre urbanismo en los que se recoge también la sospecha de los vecinos y el consiguiente distanciamiento. Es posible que esta solución sea simplemente un mecanismo propio de los grupos sociales que funciona automáticamente para proteger y preservar la dignidad interior frente a las muchas miradas del exterior que quieren someterla y conformarla.

No obstante, en estos lugares puede encontrarse, junto con la ausencia de estructuras de relación y comunicación, ciertas notables formas de «estar juntos». La señora Lurie nos habla sobre este particular tipo de relación:

Con frecuencia, dos mujeres vecinas de diferentes inmuebles se encuentran en la lavandería, reconociéndose mutuamente; aun es posible que nunca se hayan dirigido la palabra fuera, pues se conocen allí las «mejores amigas». Si, por ejemplo, una de las vecinas ya una o dos amigas vecinas de su propio inmueble, es así que atraiga a la otra a ese círculo y empiece a hacer cosas, no con mujeres de su piso, sino más bien en el piso de las vecinas.

Estas relaciones no desarrollan indefinidamente el círculo de vecinas. Existen en los inmuebles caminos y sendas muy bien definidos fuera de los cuales (y una vez ocupados, por así decir, por las vecinas) no se producen nuevas conexiones.

La señora Lurie trabaja en una organización comunal en el Harlem, con notable éxito por cierto, y se ha interesado en la historia de los anteriores, y muy numerosos, intentos de una asociación de vecinos del lugar. Me decía en cierta ocasión que el «estar juntos» constituye, en sí mismo, uno de los factores que dificultan la creación de estos tipos de organizaciones. «Estos inmuebles no carecen de líderes naturales. En ellos viven personas de verdadera capacidad, muchas realmente maravillosas, pero lo corriente es que en el desarrollo de la organización, los líderes se vayan perdiendo y cerrando el marco más estrecho de sus vidas personales. Y cerrando el marco más estrecho de sus vidas personales, ocurre muchas veces que sólo quieren mantenerse entre ellos. Y es que no encuentran seguidores. Todo esto dificulta la constitución de clanes, como si fuera un problema que a mí me parece una auténtica degeneración. La vida pública normal. Por eso es tan difícil saber y comprender los mecanismos del comportamiento de la gente. Este tipo de personas es realmente difícil obtener la más auténtica «relación» social.»

Los vecinos de las áreas residenciales pero no urbanizadas a la manera de los ensanches modernos y que carezcan también de comercios, tiendas y vida de acera siguen a veces el mismo proceso que los vecinos de los inmuebles modernos enfrentados con el problema de tener que elegir entre compartir muchas cosas o ninguna.

A la vista de estos hechos, unos investigadores que explotaban los secretos de la estructura social en un distrito plúmbeo, monótono y gris de Detroit llegaron a la inesperada conclusión de que no había estructura social.

La estructura social de las aceras depende, al menos parcialmente, de lo que podríamos llamar *personajes públicos vocacionales*. Un personaje público es cualquier persona que mantenga un contacto frecuente con un amplio círculo de personas y suficientemente interesado en convertirse en personaje público. Un personaje público no necesita una sabiduría o un talento especial para realizar su función, aunque muchas veces la tiene. Necesita, simplemente, estar presente. Su principal cualificación es que sea público, que converse con muchas y diferentes personas. De esta manera, una noticia de interés «para la acera» puede encontrar el vehículo idóneo de difusión.

La mayoría de los personajes públicos de las aceras suelen estacionarse en lugares públicos. Son por lo general tenderos o cantineros o de un gremio por el estilo. Estos son los personajes públicos de base. Todos los demás personajes públicos de las aceras de una ciudad dependen de ellos, aunque sólo sea indirectamente, puesto que las aceras son, precisamente, lugares de paso que conducen a estos establecimientos y a sus propietarios.

Los animadores o activistas profesionales que hay en muchas comunidades de vecinos, así como los pastores, representan dos tipos de personaje público más institucionalizados y formales; dependen en realidad de los nuevos sistemas de ramificaciones vecinales que tienen sus ganglios en las tiendas. El director de una colonia de doncellas del Lower East Side de Nueva York, por ejemplo, hace regularmente una ronda por las tiendas del lugar. El dueño de la lavandería en donde le limpian los trajes le informa sobre la presencia de distribuidores de narcóticos en la vecindad. El dueño de la tienda de comestibles le advierte que los *Dragons* están tramando algo y que conviene estar alerta; en la pastelería se enteran de que un par de chicas están agitando a los *Sportsmen* (nombre de una banda juvenil) y que va a haber una catástrofe. Uno de los lugares donde puede obtener más información es una antigua panadería de la calle Rivington. Este establecimiento es muy curioso; por supuesto, allí no se hace ni se vende pan; en la parte que da a la calle hay instalada una tienda de ultramarinos; se usa como sala de espera o de cual-

ensa que justifique la presencia de personas sentadas en la acera. Un mensaje enviado desde este lugar a un vecino cualquiera que viva a muchas manzanas del mismo barrio, con destino con asombrosa rapidez y exactitud; la respuesta, volverá a la antigua panadería pasando por una serie de ramificaciones similares.

Hobbs, presidente de la escuela musical de la Unión de East Harlem, observa que cuando le llega por correo un estudiante vecino de uno de los inmuebles situados en las más concurridas y viejas de esta parte del barrio, consigue atraerse a dos o tres muchachos más; a veces han matriculado todos los chicos de un inmueble. No le viene un chico de las casas nuevas —que se haya en la existencia de esta academia de música en una casa en el patio o en la escuela—, casi nunca se da el caso de que el primero vengan otros amigos o conocidos suyos, simplemente no los tiene. Las noticias, la palabra, no circula donde no hay personajes públicos ni vida en las aceras. Estos personajes públicos anclados en determinados lugares —aceras, y de esos otros personajes, menos públicos, que circulan por las mismas, aún hay posibilidades para la existencia de otros personajes públicos más especializados. Al menos los últimos construyen de una manera muy curiosa su identidad, pero no sólo la suya, sino la de los demás. Descripción de la vida diaria de un tenor retirado que vive en un restaurante y un patio interior vecinal (publicada en un periódico sobre San Francisco), leemos: «Se dice de Melba su vigor, su fuerza, sus gestos dramáticos y su perdurable música, producen en sus muchos amigos la impresión de que están delante algo así como un diputado o persona importante. Exacto.

Para ser este hombre para ser un personaje especializado de este tipo, sino, solamente, una capacidad particular idónea en la vida. Es fácil. Yo misma soy un personaje público especializado en algunos aspectos de nuestra calle; naturalmente, mi vida hace referencia a los aspectos básicos y fundamentales que caracterizan el tipo de personaje público fijo o anclador. Como llegué a serlo tuvo sus orígenes en el hecho de que en Greenwich Village, que es donde yo vivo, estaba forcejeando para evitar que su parque principal fuese atravesado por una autopista. En el curso de esta lucha interminable y espantosa, y por encargo de un comité ordenado de la resistencia que había surgido en la otra punta de Greenwich Village, emprendí la tarea de depositar en todas las manzanas próximas a nuestra manzana de casas unos impresos

de protesta contra la proyectada autopista en los que se solicitaba de los vecinos manifestaran su solidaridad estampando su firma. Por supuesto, los vecinos firmaban los impresos en las tiendas y de tanto en tanto yo hacía las recogidas.* Como resultado de este trabajo de enlace, me convertí automáticamente en el personaje público especializado en todo lo referente a peticiones y solicitudes. Al poco tiempo, por ejemplo, el Sr. Fox, el de la licorería me consultó, mientras me envolvía una botella, cómo podría conseguir que el ayuntamiento quitara de la contigua esquina un lavadero público muy antiguo y abandonado, verdadero insulto para la vista. Si yo me comprometía a redactar la petición y a encontrar la manera de que ésta llegara al organismo correspondiente del Ayuntamiento, él y otros interesados en lo mismo se encargaría de imprimir, hacer circular y recoger un documento recabando la adhesión y solidaridad de los vecinos. Pocos días después, las tiendas del barrio tenían a su disposición la solicitud al Ayuntamiento. En la actualidad, nuestra calle dispone de muchos expertos en la técnica y táctica de las peticiones, incluyendo a los niños.

Los personajes públicos no se limitan a enterarse de las noticias y difundirlas después al por menor, valga la expresión. Ponen en contacto también a unos con otros, en una forma particular de difusión al por mayor.

Por lo que he podido observar, la vida de una acera no surge de ningún tipo de cualidad especial o talento misterioso idóneo para cada caso; ningún tipo determinado de población posee específicamente dotes particulares en este sentido. Surge únicamente cuando se dan la habilidad y la capacidad concretas y tangibles que este tipo de actividad requiere. Y sucede que esta habilidad y capacidad son las mismas, en la misma cantidad y ubicación, que las necesarias para cultivar la seguridad de las aceras. Si faltan, tampoco habrá contactos públicos en las mismas.

Las personas opulentas tienen a su disposición muchas maneras de apaciguar sus necesidades; en cambio, otros más pobres dependen en gran parte de la vida de la acera —desde una conversación en la que se habla de eventuales empleos hasta la posibilidad de ser admitido por un jefe de camareros de algún restaurante de las inmediaciones. Mas, no obstante, hay muchos ricos y cuasi-ricos que, al parecer, tienen en mucho aprecio la vida de la acera, tanto como otra persona cualquiera. A cualquier precio, pagando incluso alquileres inmensos, se trasladan a áreas con una exuberante y variada vida de acera. Prefieren, en

* De paso, es un expediente muy eficaz, pues requiere un esfuerzo mucho más pequeño que el necesario en caso de ir de puerta en puerta, haciendo posibles, además, una conversación e intercambio de opiniones en público.

quier otra cosa que justifique la presencia de personas sentadas en un objeto aparente. Un mensaje enviado desde este lugar a un adolescente cualquiera que viva a muchas millas del mismo llegará a su destino con asombrosa rapidez exactitud; la respuesta, si ha lugar, volverá a la antigua panadería pasando por toda una serie de ramificaciones similares.

Blake Hobbs, presidente de la escuela musical de la Unión de Vecinos del East Harlem, observa que cada vez que llega por primera vez un estudiante vecino de uno de los muchos situados en las calles más concurridas y viejas de esa parte del barrio, casi siempre consigue atraerse a dos o tres muchachos más; a veces se le han matriculado todos los chicos de un inmueble. Pero cuando le viene un chico de las casas nuevas —que se haya matriculado de la existencia de esta academia: música en una conversación en el patio o en la escuela—, casi nunca se da el caso que tras el primero vengan otros amigos conocidos suyos, pues probablemente no los tiene. Las noticias a la palabra, no circulan allí donde no hay personajes públicos ruidos en las aceras. Además de estos personajes públicos anclados, determinados lugares de las aceras, y de esos otros personajes, menos públicos, que deambulan por las mismas, aún hay posibilidades para la aparición de otros personajes públicos más especializados. Algunos de estos últimos construyen de una manera muy curiosa su propia identidad, pero no sólo la suya, sino la de los demás. En una descripción de la vida diaria de un hombre retirado que frecuentaba mucho los establecimientos propios de una acera, como el restaurante y un patio interior vecino (publicada en un libro de relatos sobre San Francisco), leemos: «Se dice de Melom que su vigor, su fuerza, sus gestos dramáticos y su perdurable amor a la música, producen en sus muchos amigos la impresión de que tienen delante algo así como un diplo o persona importante». Exacto.

Pero no se necesita tener la habilidad y arte o la personalidad de este hombre para ser un personaje especializado de las aceras, sino, solamente, una capacidad peculiar idónea en cada caso. Es fácil. Yo misma soy un personaje público especializado en algunos aspectos de nuestra calle naturalmente, mi especialidad hace referencia a los aspectos físicos y fundacionales que caracterizan el tipo de personaje público fijo o anclado. La manera como llegué a serlo tuvo sus orígenes en el hecho de que Greenwich Village, que es donde yo vivía, estaba forcejeando desesperadamente para evitar que su parque principal fuese atravesado de parte a parte por una autopista. El curso de esta batalla interminable y espantosa, y por encargo de un comité organizador de la resistencia que había surgido en la otra punta de Greenwich Village, emprendí la tarea de positar en todas las tiendas próximas a nuestra manzana de cis unos impresos

de protesta contra la proyectada autopista en los que se solicitaba de los vecinos manifestaran su solidaridad estampando su firma. Por supuesto, los vecinos firmaban los impresos en las tiendas y de tanto en tanto yo hacía las recogidas. * Como resultado de este trabajo de enlace, me convertí automáticamente en el personaje público especializado en todo lo referente a peticiones y solicitudes. Al poco tiempo, por ejemplo, el Sr. Fox, el de la licorería me consultó, mientras me envolvía una botella, cómo podría conseguir que el ayuntamiento quitara de la contigua esquina un lavadero público muy antiguo y abandonado, verdadero insulto para la vista. Si yo me comprometía a redactar la petición y a encontrar la manera de que ésta llegara al organismo correspondiente del Ayuntamiento, él y otros interesados en lo mismo se encargarían de imprimir, hacer circular y recoger un documento recabando la adhesión y solidaridad de los vecinos. Pocos días después, las tiendas del barrio tenían a su disposición la solicitud al Ayuntamiento. En la actualidad, nuestra calle dispone de muchos expertos en la técnica y táctica de las peticiones, incluyendo a los niños.

Los personajes públicos no se limitan a enterarse de las noticias y difundirlas después al por menor, valga la expresión. Ponen en contacto también a unos con otros, en una forma particular de difusión al por mayor.

Por lo que he podido observar, la vida de una acera no surge de ningún tipo de cualidad especial o talento misterioso idóneo para cada caso; ningún tipo determinado de población posee específicamente dotes particulares en este sentido. Surge únicamente cuando se dan la habilidad y la capacidad concretas y tangibles que este tipo de actividad requiere. Y sucede que esta habilidad y capacidad son las mismas, en la misma cantidad y ubicación, que las necesarias para cultivar la seguridad de las aceras. Si faltan, tampoco habrá contactos públicos en las mismas.

Las personas opulentas tienen a su disposición muchas maneras de apaciguar sus necesidades; en cambio, otros más pobres dependen en gran parte de la vida de la acera —desde una conversación en la que se habla de eventuales empleos hasta la posibilidad de ser admitido por un jefe de camareros de algún restaurante de las inmediaciones. Mas, no obstante, hay muchos ricos y casi-ricos que, al parecer, tienen en mucho aprecio la vida de la acera, tanto como otra persona cualquiera. A cualquier precio, pagando incluso alquileres inmensos, se trasladan a áreas con una exuberante y variada vida de acera. Prefieren, en

* De paso, es un expediente muy eficaz, pues requiere un esfuerzo mucho más pequeño que el necesario en caso de ir de puerta en puerta, haciendo posibles, además, una conversación e intercambios de opiniones un público.

realidad, amontonarse con las clases medias y pobres que viven en barrios muy atractivos, como el Yorkville o el Greenwich Village de Nueva York, o el Telegraph Hill en la punta más extrema de la North Beach de San Francisco. Pasado el sarampión de las monótonas y «tranquilas áreas residenciales», las abandonan y se las dejan a otras familias menos afortunadas. No hay más que hablar con los vecinos de Georgetown, en el distrito de Columbia; a la segunda o tercera frase empezaremos a oír verdaderas rapsodias a propósito de sus encantadores restaurantes, «mejores que todos los restantes de la ciudad juntos», sus inigualables y amables tiendas, el placer de mezclarse con la gente que deambula de esquina a esquina; el colmo de las alabanzas, rayanas en orgullo de propietario, llega cuando se refieren al hecho de que Georgetown se han convertido en el distrito comercial de toda su área metropolitana. Aún está por descubrirse una área urbana perjudicada por una intensa vida de acera y por abundantes contactos públicos.

La eficacia de los personajes públicos de las aceras puede declinar vertiginosamente si se carga sobre ellos demasiados compromisos. Una tienda, por ejemplo, tiene una capacidad de conexión limitada; si se supera este nivel, esos contactos, efectivos o potenciales, se superficializan y pierden utilidad. Un ejemplo de lo que digo podemos comprobarlo en el supermercado propiedad de la cooperativa de viviendas de Corlears Hook en el Lower East Side de Nueva York. Este establecimiento, proyectado, diseñado y urbanizado con precisión y cuidado, substituye probablemente a unas cuarenta tiendas aparentemente similares (que, en efecto fueron barridas literalmente, sin que sus propietarios recibieran la menor compensación) existentes anteriormente a la construcción de los actuales inmuebles. Este lugar parece un taller. Sus empleados están tan ocupados con los cambios o gritando imprecaciones desatentas a los pilletes que merodean por allí, que sólo atienden al cliente cuando éste dice: «Quiero esto.» Esta (o bien un desinterés absoluto) es la atmósfera que se respira normalmente en los supermercados o centros comerciales urbanizados al efecto, verdaderas zonificaciones representativas de la libertad del comprador, obligando a acudir a estos monopolios comerciales implantados agresivamente en medio de las vecindades urbanizadas. Si estos centros tuvieran competencia fracasarían estrepitosamente, porque los clientes salen de los mismos lamentablemente humillados. Por supuesto, estos monopolios garantizan el éxito financiero para el cual están planeados, pero fracasan totalmente por lo que a sociabilidad urbana se refiere.

El contacto público en las aceras y la seguridad pública de éstas, considerados juntos, pueden enfrentarse ventajosamente

con el más grave problema de todos los que padece nuestra nación: la segregación y la discriminación racial.

No quiero decir con esto que una cierta manera de proyectar y urbanizar una ciudad, o sus tipos de calles y la vida que éstas se desarrolla, puedan eliminar automáticamente la segregación y la discriminación. Para dar buena cuenta de estas injusticias se requieren igualmente muchos otros y muy diferentes esfuerzos.

Lo que sí afirmo es que construir y reconstruir grandes capitales cuyas aceras son inseguras y cuyos moradores sólo tienen la alternativa de compartir muchas cosas íntimas o ninguna, puede hacer muchísimo más dura a las ciudades americanas la tarea de eliminar la discriminación.

Si consideramos la dosis de prejuicios y temores que suelen acompañar a la discriminación y alimentarla, veremos que la empresa de eliminar la discriminación «residencial» resulta aún mucho más difícil si la gente se siente insegura en sus aceras, vaya por donde vaya. Liquidar la discriminación residencial es muy difícil allí donde los individuos no tengan medios para mantener una vida civilizada y pública, la cual se ha de basar esencialmente en una nivelación pública dignificada, es decir, en la posibilidad de que todos puedan tener acceso al mismo tipo de vida pública, así como a similares tipos de vida privada.

Indudablemente, cabe la posibilidad de construir urbanizaciones experimentales integradas en aquellos lugares en que exista auténtico peligro y no haya vida pública; para llevar a buen término estos proyectos hay que desplegar grandes esfuerzos y crear posibilidades de elección anormales (anormales en una capital) entre los vecinos nuevos. Pero, a mi juicio, esto es eludir el verdadero problema, su enorme alcance y urgencia.

El grado de tolerancia y los niveles de diferenciación entre vecinos —relativos a diferencias que muchas veces son mayores y más graves que las de color— que podemos considerar normales y posibles en una área donde se desarrolle una intensa vida pública (pero tan raras en zonas periféricas residenciales y pseudo-residenciales), sólo son realmente normales y posibles cuando las calles de las grandes capitales han sido dotadas de tal manera que los desconocidos y extraños puedan vivir en paz juntos manteniendo unas relaciones civilizadas y esencialmente dignas y reservadas.

Por muy modestos, casuales y dispersos que parezcan, los contactos en las aceras constituyen, sin embargo, la base dinámica sobre la cual puede sostenerse una vida pública sana en una ciudad.

Los Angeles es un caso extremo de metrópolis con muy poca vida pública; y la poca existente depende principalmente de contactos de naturaleza más o menos privada.

Un conocido nuestro residente dicha ciudad nos decía, por ejemplo, que, a pesar de llevar viviendo allí más de diez años y de saber que hay una colonia mejicana, jamás ha visto un mejicano ni nada que le recorda de alguna manera la cultura mejicana; y esto es solo un ejemplo.

En otro plano, Orson Welles ha escrito que Hollywood es el único centro teatral del mundo que nunca ha conseguido tener una taberna o café de teatro tan típicos en otras latitudes.

En un tercer plano, uno de los más poderosos hombres de negocios de la ciudad de Los Angeles: encuentra ante la insólita e inconcebible situación de que no sabe cómo resolver el problema de sus relaciones públicas. Es hombre de negocios, considerando que la ciudad está «culturalmente atrasada», son palabras suyas, me dijo que estaba desarrollando un plan para remediar esa situación. Preside un comité encargado de recaudar fondos para un museo de alto nivel artístico. En la misma conversación, más adelante, me habló de los clubs para hombres de negocios existentes en Los Angeles. He deducido, por lo que me dijo, que era uno de los individuos más destacados en ese ambiente.

Entonces le pregunté cómo y dónde se reunía la gente de Hollywood. No fue capaz de contestar mi pregunta. Añadió después que no conocía a nadie relacionado con la industria cinematográfica, y tampoco a nadie que viviese algún conocido en este ramo. «Lo que le digo le parecerá muy extraño, supongo», dijo como reflexionando. «Nosotros somos muy orgullosos de tener en nuestra ciudad la industria cinematográfica, pero las personas que trabajan en ella no se relacionan precisamente el tipo de gente con la que uno puede relacionarse socialmente.

Como verán los lectores, nos encontramos de nuevo con el todo o nada, con la alternativa de «estar juntos» en todo (compartir muchas cosas) o no estar juntos en nada (no compartir ninguna). Consideramos las dificultades con que topaba nuestro hombre de negocios en sus intentos: crear un museo de arte metropolitano. A pesar de las posibilidades, potencialmente óptimas, que debe ofrecer un comité como este del que me hablaba el vecino de Los Angeles, no encuentra forma humana de conseguir su objetivo.

En sus más altos escalones económicos, políticos y culturales, Los Angeles funciona en concordancia con las mismas premisas provincianas de insularidad social que aquella otra calle con acaparrado de Baltimore o que Chatham Village, en Pittsburgh. Esa metrópolis (Los Angeles) carece de ediles para reunir un mínimo de ideas, un mínimo de entusiasmo y un mínimo de dinero. Los Angeles se ha embarcado en un experimento realmente extraordinario, no típicas urbanizaciones ortodoxas, tampoco «árcas

grises y monótonas», sino toda una metrópolis a base de un total «estar juntos» o nada. Creo que a este resultado han de ir a parar todas las grandes capitales cuyos habitantes carezcan de vida pública urbana y formas de vida y trabajo normales.